

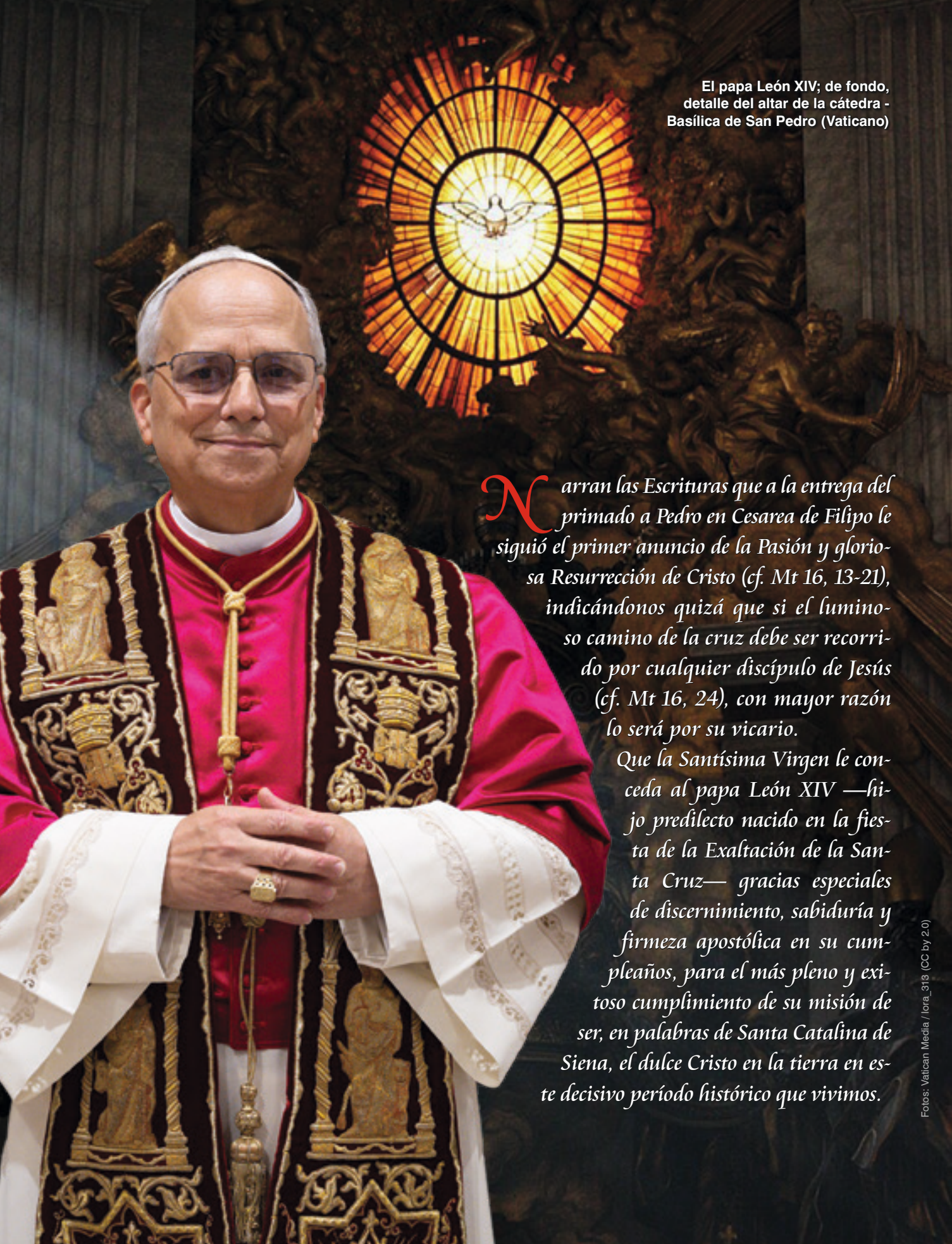


HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 266 - Septiembre 2025



«Escudriñad las Escrituras»

A portrait of Pope Leo XIV, an elderly man with glasses, wearing a red cassock and a dark blue or black mozzetta with gold embroidery. He is standing in front of a large, ornate altar with a prominent circular stained glass window featuring a sunburst design. The background is dark and textured.

El papa León XIV; de fondo,
detalle del altar de la cátedra -
Basilica de San Pedro (Vaticano)

*N*arran las Escrituras que a la entrega del primado a Pedro en Cesarea de Filipo le siguió el primer anuncio de la Pasión y gloriosa Resurrección de Cristo (cf. Mt 16, 13-21), indicándonos quizá que si el luminoso camino de la cruz debe ser recorrido por cualquier discípulo de Jesús (cf. Mt 16, 24), con mayor razón lo será por su vicario.

Que la Santísima Virgen le conceda al papa León XIV —hijo predilecto nacido en la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz— gracias especiales de discernimiento, sabiduría y firmeza apostólica en su cumpleaños, para el más pleno y exitoso cumplimiento de su misión de ser, en palabras de Santa Catalina de Siena, el dulce Cristo en la tierra en este decisivo período histórico que vivimos.

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panéz;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

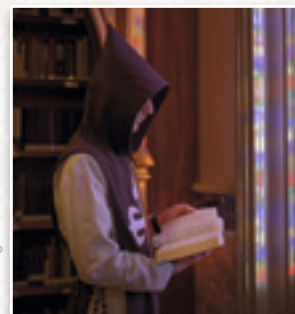
Administración:
Carrera 67 # 173A - 25
Bogotá D.C
Tel 57 314 2686906

revista@heraldosdelevangelio.com.co

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

➤ PREGUNTAN LOS LECTORES.....	4
➤ EDITORIAL	
María, la mejor intérprete de la Palabra de Dios	5
➤ LA VOZ DE LOS PAPAS	
¿Cómo interpretar la Biblia?	6
➤ LA LITURGIA DOMINICAL	
Todo depende del primer impulso.....	8
Por la cruz se llega a la luz.....	9
Opción preferencial por todos	10
El Cielo y el Infierno comienzan en esta tierra... ..	11
➤ TESOROS DE MONS. JOÃO	
Conversación del Creador con sus criaturas ..	12
➤ TEMA DEL MES – LA SAGRADA ESCRITURA	
Canon bíblico – El Libro escrito por Dios....	16
Los idiomas bíblicos – ¿En qué lengua habla el Espíritu Santo?.....	20
➤ SANTO TOMÁS ENSEÑA	
¿Por qué leer la Biblia?.....	23
➤ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA	
La Biblia Vulgata – ¿Una «traición» a la Palabra de Dios?	24
El cristal defendido por el león	28
➤ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?	
La voz de Dios aún se deja oír	31
➤ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS	
El comienzo de la victoria	32
➤ VIDAS DE SANTOS	
San Mateo, apóstol y evangelista – Confiscado por el Señor	36
➤ DOÑA LUCILIA	
Bajo la protección de una madre.....	40
➤ HERALDOS EN EL MUNDO	42
➤ ENSEÑANZAS BÍBLICAS	
El sacerdote Pinjás – «Le concedo mi alianza de paz».....	46
➤ ¿SABÍAS... ..	49
➤ TENDENCIAS Y MENTALIDADES	
Dos actitudes..., ¿una sola persona?.....	50



Santiago Vieto

12 ¿Religión de la letra? No..., ¡de adhesión al Dios vivo!



Reproducción

24 Vulgata: el texto más reproducido de la era cristiana



Dario Ialorenzi

32 Natividad de María: la «aurora» de la luz de la luna



Archivo Revista

50 Un ejemplo arquetípico de equilibrio en la templanza

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



✠ P. Ricardo José Basso, EP

Desde que era pequeña siempre he oído que pasar por debajo de una escalera o barrer los pies de alguien da mala suerte, que comer lentejas en Año Nuevo trae prosperidad, que para encontrar un objeto perdido hay que dar tres saltitos a San Longinos, y otras cosas por el estilo. Pero una amiga me dijo que está mal creer en eso. Entonces me gustaría saber si la superstición es realmente un pecado.

María Aparecida Ferreira – Maceió (Brasil)

Sí, la superstición es un pecado contra el primer mandamiento de la ley divina, como nos enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica* (cf. CCE 2110-2111), el cual también explica que se trata de una desviación del sentimiento religioso y de las prácticas que éste impone, desviación que puede perjudicar el culto que damos al verdadero Dios.

En efecto, según Santo Tomás de Aquino (cf. *Suma Teológica*. II-II, q. 92, a. 1), la superstición es un vicio que se opone, por exceso, a la virtud moral de la religión, porque lleva al hombre a rendir culto divino del modo que no debe o a quien no debe —es decir, a simples criaturas—, atribuyéndole a un objeto o gesto una virtud sobrenatural que no poseen. Esto es lo que ocurre en los ejemplos propuestos en la pregunta y en tantos otros que conocemos.

En lugar de depositar nuestra esperanza en prácticas carentes de cualquier fundamento, incluso racional, crezcamos en la confianza en Dios y en la protección de la Santísima Virgen, de los ángeles y de los santos. Los católicos sabemos lo que agrada a nuestro Padre celestial: huir de las ocasiones de pecado, frecuentar los sacramentos, rezar... Éstas, sin duda, son acciones que pueden proporcionarnos la verdadera felicidad en esta tierra y, sobre todo, la gloria eterna en el Cielo.

En lugar de depositar nuestra esperanza en prácticas carentes de cualquier fundamento, incluso racional, crezcamos en la confianza en Dios y en la protección de la Santísima Virgen, de los ángeles y de los santos. Los católicos sabemos lo que agrada a nuestro Padre celestial: huir de las ocasiones de pecado, frecuentar los sacramentos, rezar... Éstas, sin duda, son acciones que pueden proporcionarnos la verdadera felicidad en esta tierra y, sobre todo, la gloria eterna en el Cielo.

A veces he llegado tarde a la misa dominical y siempre me quedo con la duda de si habré cumplido el precepto o no... ¿Podría, por favor, aclarármelo?

Luigi Marino – Ribeirão Preto (Brasil)

En nuestra vida tenemos muchos preceptos, algunos más fáciles de cumplir, otros más difíciles. También tenemos necesidades que tratamos de atender con alegría y satisfacción como, por ejemplo, comer, beber, pasear, dormir, irnos de vacaciones...

Ahora bien, ¿qué pasa con nuestro encuentro semanal con Dios? Este gran precepto constituye, igualmente, una inmensa necesidad. ¿No es cierto?

En primer lugar, cabe recordar que, «el domingo y las demás fiestas de precepto los fieles tienen obligación de participar en la misa» (CIC, can. 1247); y que «cumple el precepto de participar en la misa quien asiste a ella, dondequiera que se celebre en un rito católico, tanto el día de la fiesta como el día anterior por la tarde» (CIC, can. 1248 § 1).

En cuanto a llegar atrasado a misa, ya desde tiempos antiguos los moralistas enseñan que el cumplimiento del precepto de oír misa entera los domingos y festivos prevé la presencia física de la persona, desde el principio hasta el final.

Sin embargo, cuando sin culpa el fiel llega tarde a misa o incluso si no puede asistir, no comete ninguna falta. Por ejemplo, cuando la causa del retraso ha sido, o bien un accidente de tráfico, o bien la necesidad de prestar asistencia a un enfermo que requiere cuidados continuos, o bien el trabajo necesario para su legítimo sustento, en definitiva, un motivo que no sea fruto de caprichos personales, sino de un factor externo grave e independiente de la propia voluntad.

Para los que quieren hacer un buen examen de conciencia al respecto, les resultará de mucha utilidad el siguiente razonamiento. Si llegamos tarde al trabajo, nos lo descontarán de nuestro sueldo y si rendimos poco recibimos poco; por otro lado, si nos comunican que al final del mes recibiremos un fabuloso premio, en el caso de que seamos eximios cumplidores de los horarios, nos desviviremos para no llegar tarde nunca. Entonces, tratándose de alcanzar el Cielo, ¿vale o no vale la pena hacer cualquier esfuerzo para ser siempre puntuales?



MARÍA, LA MEJOR INTÉRPRETE DE LA PALABRA DE DIOS

La Sagrada Escritura fue redactada por Dios mismo, a través de la pluma de distintos autores. La Biblia guarda, en este sentido, cierta analogía con la unión hipostática, pues, al igual que ésta reúne en sí la naturaleza humana y la divina, las páginas de aquella contienen la participación de ambas.

Ahora bien, incluso unido a la humanidad, Cristo no posee más que una persona, la divina. Por lo tanto, una distancia infinita lo separa de la creación, constituida por innumerables grados de perfección. Esa gradualidad se aplica también a la Revelación, cuyo ápice es el propio Verbo de Dios. Dada su infinita grandeza, convenía que en la cima del «libro de las criaturas» existiera un puente que conectara la Majestad divina con los demás hombres. Y el nombre de ese puente bendito es María.

Aun antes de la encarnación del Verbo, el ángel le había anunciado que el Señor ya se había unido a Ella. La «llena de gracia», se puso a meditar las palabras de Dios contenidas en el anuncio angélico, como perfecta exégeta. El Paráclito, finalmente, la cubrió con su sombra, para que concibiera al Hijo unigénito del Padre (cf. Lc 1, 28-38). En Ella, el Verbo no sólo se reveló, sino que se hizo carne y habitó entre nosotros (cf. Jn 1, 14).

La Santísima Virgen es también modelo para la interpretación de las Escrituras por su humildad —«He aquí la esclava del Señor» (Lc 1, 38)—, pues «Dios resiste a los soberbios, mas da su gracia a los humildes» (Sant 4, 6). Por su fiat, se hizo una nueva creación. Otrora Dios se había revelado por medio de los profetas; «en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo» (Heb 1, 2), nacido de María.

En su visita a Isabel, Nuestra Señora sigue fielmente el lema tomista: más perfecto que simplemente contemplar es transmitir a los demás lo que se ha contemplado (cf. *Suma Teológica*, II-II, q. 188, a. 6). Ella se convirtió en heraldo del Verbo junto a su prima, hasta el punto de ser alabada con el mayor de todos los elogios: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!» (Lc 1, 42).

En las bodas de Caná, la Madre del buen consejo se manifiesta aún como aquella que discierne los designios de Dios: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2, 5). Su *lectio divina* era esencialmente mística: «María conservaba todas estas cosas, meditando en su corazón» (Lc 2, 19). Como insigne exégeta, leyó el misterio de la cruz en pie (cf. Jn 19, 25), como muestra de su total fidelidad a la Palabra. Por último, en Pentecostés, atrajo como un imán al Espíritu Santo, para que éste se revelara, como siempre, *in medio Ecclesiae* —en el seno de la Iglesia.

En suma, como obra maestra de la creación, la Santísima Virgen es el acueducto del que emana la fuente de agua viva de la Revelación de Dios. En ella, reiteremos, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. ✦



Sagrada Escritura

Foto: Santiago Vieto



¿Cómo interpretar la Biblia?

La falta de una hermenéutica de la fe con relación a las Escrituras no se configura únicamente en los términos de una ausencia; es sustituida por una hermenéutica secularizada, cuya clave fundamental es la convicción de que Dios no aparece en la historia humana.

UN TEMA DE IMPORTANCIA CAPITAL

La interpretación de la Sagrada Escritura es de importancia capital para la fe cristiana y la vida de la Iglesia. «En los Libros Sagrados —como nos ha recordado muy bien el Concilio—, el Padre, que está en el Cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos y conversa con ellos [...]». El modo de interpretar los textos bíblicos para los hombres y las mujeres de hoy tiene consecuencias directas en su relación personal y comunitaria con Dios, y está también ligado estrechamente a la misión de la Iglesia.

SAN JUAN PABLO II.
Discurso, 23/4/1993.

INTERPRETAR LAS ESCRITURAS CON EL MISMO ESPÍRITU CON QUE SE ESCRIBIÓ

Como la Sagrada Escritura hay que leerla e interpretarla con el mismo Espíritu con que se escribió para sacar el sentido exacto de los textos sagrados, hay que atender no menos diligentemente al contenido y a la unidad de toda la Sagrada Escritura, teniendo en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe. Es deber de los exégetas trabajar según estas reglas para entender y exponer

totalmente el sentido de la Sagrada Escritura, para que, como en un estudio previo, vaya madurando el juicio de la Iglesia.

SAN PABLO VI. *Dei Verbum*.
Concilio Vaticano II, 18/11/1965.

LOS PELIGROS DE UNA HERMENEÚTICA SECULARIZADA

La falta de una hermenéutica de la fe con relación a la Escritura no se configura únicamente en los términos de una ausencia; es sustituida por otra hermenéutica, una hermenéutica secularizada, positivista, cuya clave fundamental es la convicción de que Dios no aparece en la historia humana. Según esta hermenéutica, cuando parece que hay un elemento divino, hay que explicarlo de otro modo y reducir todo al elemento humano. Por consiguiente, se proponen interpretaciones que niegan la historicidad de los elementos divinos.

Una postura como ésta, no hace más que producir daño en la vida de la Iglesia, extendiendo la duda sobre los misterios fundamentales del cristianismo y su valor histórico como, por ejemplo, la institución de la Eucaristía y la Resurrección de Cristo.

BENEDICTO XVI.
Verbum Domini, 30/9/2010.

CUIDADO CON UNA EXÉGESIS QUE TIENE SU ORIGEN EN LA NEGACIÓN DE DIOS

Quien los oiga hablar [a los modernistas] de sus trabajos sobre las Escrituras, en los que es dado descubrir tantas incongruencias, creería que casi ningún hombre antes de ellos las ha hojeado, y que ni una muchedumbre casi infinita de doctores, muy superiores a ellos en ingenio, erudición y santidad de vida, las han escudriñado en todos sus sentidos. [...]

Pero ¡ay, que nuestros doctores no las estudiaron con los mismos recursos de estudio que los modernistas! Esto es, no tuvieron por maestra y guía a una filosofía que reconoce su origen en la negación de Dios ni se erigieron a sí mismos como norma de criterio. Nos parece que ya está claro cuál es el método de los modernistas en la cuestión histórica. Precede el filósofo; sigue el historiador; luego ya, de momento, vienen la crítica interna y la crítica textual. Y porque es propio de la primera causa comunicar su virtud a las que la siguen, es evidente que semejante crítica no es una crítica cualquiera, sino que con razón se la llama agnóstica, immanentista, evolucionista; de donde se colige que el que la profesa y usa, profesa los errores implícitos de ella y contradice a la doctrina católica.

SAN Pío X. *Pascendi Dominici gregis*, 8/7/1907.



UNA EXPOSICIÓN QUE SEA ÚTIL A LA VIDA DE LA IGLESIA

Emprenda el exégeta católico aquel oficio que es el supremo entre todos los que se le imponen, a saber, el hallar y exponer el sentido genuino de los Sagrados Libros. [...] Traten también con singular empeño de no exponer únicamente —cosa que con dolor vemos se hace en algunos comentarios— las cosas que atañen a la historia, arqueología, filología y otras disciplinas por el estilo, sino que, sin dejar de aportar oportunamente aquellas en cuanto puedan contribuir a la exégesis, muestren principalmente cuál es la doctrina teológica de cada uno de los libros o textos respecto de la fe y costumbres, de suerte que esta exposición de los mismos no solamente ayude a los doctores teólogos para proponer y confirmar los dogmas de la fe, sino que sea también útil a los sacerdotes para explicar ante el pueblo la doctrina cristiana y, finalmente, sirva a todos los fieles para llevar una vida santa y digna de un hombre cristiano.

Pío XII. *Divino afflante Spiritu*, 30/9/1943.

NO LIMITARSE A LOS ASPECTOS HUMANOS

Para respetar la coherencia de la fe de la Iglesia y de la inspiración de las Escrituras, la exégesis católica debe estar atenta a no limitarse a los aspectos humanos de los textos bíblicos. Es necesario, sobre todo, que ayude al pueblo cristiano a percibir más nítidamente la Palabra de Dios en estos textos, de manera que pueda acogerla mejor, para vivir plenamente en comunión con Dios.

Para ello, desde luego, es preciso que el propio exégeta capte en los textos la palabra divina, lo cual sólo es posible si su trabajo intelectual se ve respaldado por un impulso de vida espiritual. Si carece de este apoyo, la investigación exegética queda incompleta; pierde de

vista su objetivo principal y se limita a tareas secundarias.

SAN JUAN PABLO II.
Discurso, 23/4/1993.

LA FE ECLESIAL, CONDICIÓN PARA LA AUTÉNTICA HERMENÉUTICA BÍBLICA

La auténtica hermenéutica de la Biblia sólo es posible en la fe eclesial, que tiene su paradigma en el sí de María. San Buenaventura afirma en este sentido que, sin la fe, falta la clave de acceso al texto sagrado: «Éste es el conocimiento de Jesucristo del que se derivan, como de una fuente, la seguridad y la inteligencia de toda la Sagrada Escritura. Por eso, es imposible adentrarse en su conocimiento sin tener antes la fe infusa de Cristo, que es faro, puerta y fundamento de toda la Escritura». E insiste con fuerza Santo Tomás de Aquino, mencionando a San Agustín: «También la letra del Evangelio mata si falta la gracia interior de la fe que sana». Esto nos permite llamar la atención sobre un criterio fundamental de la hermenéutica bíblica: el lugar originario de la interpretación escriturística es la vida de la Iglesia.

BENEDICTO XVI.
Verbum Domini, 30/9/2010.

A LA IGLESIA ATAÑE JUZGAR EL SENTIDO DE LAS ESCRITURAS

Para reprimir los ingenios petulantísimos, [el sacrosanto Concilio] decreta que nadie, apoyado en su prudencia, sea osado a interpretar la Escritura Sagrada, en materias de fe y costumbres, que pertenecen a la edificación de la doctrina cristiana, retorciendo la misma Sagrada Escritura conforme al propio sentir, contra aquel sentido que sostuvo y sostiene la santa madre Iglesia, a quien atañe juzgar el verdadero sentido e interpretación de las Escrituras Santas, o también contra el unánime sentir de los Padres.

PABLO III. *Decreto sobre la Vulgata y el modo de interpretar la Sagrada Escritura*. Concilio de Trento, 8/4/1546.

LEY QUE PRESERVA LA CIENCIA BÍBLICA DEL ERROR

Por esta ley llena de sabiduría, la Iglesia no retarda ni impide la investigación de la ciencia bíblica, sino que más bien la preserva de todo error y en gran manera contribuye a su verdadero progreso. Porque a cada maestro particular se le abre un amplio campo en el que puede gloriosamente y con provecho de la Iglesia campear con paso seguro su pericia de interprete.

LEÓN XIII.
Providentissimus Deus, 18/11/1893.

A la Iglesia atañe juzgar el verdadero sentido e interpretación de las Sagradas Escrituras

San Esteban, San Américo y San Gerardo
Sagrado - Iglesia de Nuestra Señora de
la Asunción, Budapest

Francisco Lecaros





7 de septiembre – XXIII Domingo del Tiempo Ordinario

Todo depende del primer impulso

✠ P. Santiago Ignacio Morazzani Arráiz, EP



El Señor impone una condición dura para ser discípulos suyos: «Renunciar a todo». Pero... ¿quién debe hacer esa renuncia? ¿Sólo algunos? ¿O todos?

Imaginemos que diez amigos inician una peregrinación a un santuario mariano situado en una montaña. El camino promete ser arduo: setenta kilómetros de subida. Nos preguntamos: ¿cuántos de ellos llegarán a la meta? Muy sencillo. Aquellos que, al marchar, afirmen con convicción: «Iré hasta el final».

La experiencia demuestra que las caminatas espirituales alcanzan un feliz éxito cuando parten de un primer impulso decidido y fervoroso. Este principio se aplica, sobre todo, al llamamiento de Dios al sacerdocio o a la vida religiosa. El joven que siente en sí mismo la llamada a una total donación a Cristo y a la Iglesia, y responde de inmediato con un «sí» lleno de entusiasmo y generosidad, sin contemplar la posibilidad de volver atrás, sin duda llegará muy lejos y muy alto en la ardua ascensión al santuario de su propia vocación.

Analicemos bajo esta luz la expresión del Señor, punto fuerte del Evangelio de este domingo: «Renunciar a todo lo que se posee» (cf. Lc 14, 33). A todo, siempre que lo exijan las condiciones de la entrega a Dios. ¿Ejemplos? Las vidas de los santos. ¡Cuánto amaba Santa Teresa del Niño Jesús a su padre, anciano y de salud frágil! Sin embargo, lo dejó para ingresar en el Carmelo, porque así se lo inspiraba la gracia: «Sentí que mi corazón latía con tanta fuerza que me parecía imposible avanzar. [...] Seguí adelante, no obstante, preguntándome si no moriría por la fuerza de los latidos de mi corazón... ¡Ah! ¡Qué momento! Hay que haberlo vivido para saber lo que es...».¹

Muchos de nuestros lectores podrían preguntarse entonces: «Para mí, que no voy a ser sacerdote ni religioso, ¿qué interés tiene este Evangelio?».

Observemos que Jesús hablaba a las «grandes multitudes» (Lc 14, 25) que lo acompañaban. Sus palabras, por tanto, se aplican a todos los que se declaran seguidores suyos, es decir, cristianos.

«Está, pues, fuera de toda duda —afirma un gran predicador al comentar este pasaje— que el llamamiento de Cristo a la perfecta abnegación de sí mismo va dirigido a todos los que quieran ir en pos de Él; y no en plan de simple invitación, sino de verdadero y riguroso precepto. [...] Pero todos están obligados —sin excepción alguna— a aquella abnegación de sí mismos que sea indispensable para el perfecto cumplimiento de los deberes de su propio estado y condición».²

Sí, todos estamos invitados a hacer renunciaciones arduas, incluso dolorosas, para obedecer a Jesús. Y la fidelidad se vuelve más difícil cuanto más «normal» —según los criterios del mundo— parece la actitud que debemos evitar. Será a la hora de cerrar un acuerdo cuyas condiciones implican cierta deshonestidad, de abrir una aplicación en el móvil que manchará la pureza de nuestra vista, de planificar nuestro domingo con la posibilidad de perder la misa, al elegir un traje

que atenta contra las reglas de la decencia cristiana...

En estos momentos, debemos pedirle fuerzas a Dios. Queremos ser discípulos de Jesús. Hagamos una breve oración a María Santísima, que nunca abandona a quienes confían en Ella, y demos el paso con decisión y generosidad, sin mirar atrás. ✠



«San Francisco renuncia a sus bienes», de Giotto di Bondone - Basílica de San Francisco, Asís (Italia)

¹ SANTA TERESA DE LISIEUX. *Manuscrito A*, 69r.

² ROYO MARÍN, OP, Antonio. *La vida religiosa*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1968, p. 459.

Por la cruz se llega a la luz



✠ P. Antonio Jakoš Ilija, EP

El hito histórico de la fiesta que se celebra este domingo se remonta al hallazgo de la verdadera cruz de Cristo en Jerusalén por Santa Elena, madre del emperador Constantino, aproximadamente en el año 320, y a la consagración, en la misma ciudad, de la basílica del Santo Sepulcro el 13 de septiembre del 335. Al día siguiente, el patriarca de Jerusalén presentó las reliquias, por primera vez, a la solemne adoración de los fieles.

No deja de ser curioso que la fiesta esté dedicada a la reliquia y no a aquel que la hace adorable, Nuestro Señor Jesucristo. El hecho es que, por encima de las circunstancias históricas de su descubrimiento, la cruz se ha convertido por varios motivos en uno de los máximos símbolos de la fe católica y pasó a rematar las torres de las iglesias y las espléndidas coronas de los reyes de la cristiandad.

¿Cuál es la razón más profunda de esta afirmación?

En el Antiguo Testamento, el Señor se reveló como creador del universo, el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, el Dios de la zarza ardiente y de las plagas de Egipto, el Dios que exterminó por las manos de Elías a los profetas de Baal. En el Nuevo Testamento, encontramos al mismo Dios, pero hecho hombre para salvarnos: Nuestro Señor Jesucristo, la segunda persona de la Santísima Trinidad encarnada.

La principal diferencia entre ambos testamentos reside precisamente en el sufrimiento por amor a los hombres. Sufrimiento de un Dios humanado que, al no conmover el corazón de los pecadores con manifestaciones portentosas, realiza lo impensable: se hace contingente y se pone en manos de verdugos que, en retribución por los innumerables milagros que ha obrado, lo desprecian, lo llaman endemoniado, lo entregan a las autoridades como malhechor, lo coronan de espinas, lo crucifican, lo atraviesan con una lanza... Y como testigo de todos esos ultrajes quedó la cruz, bañada en su preciosísima sangre, marcada por los agujeros de los clavos y por la inscripción colocada en ella como

signo de ignominia: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos» (Jn 19, 19).

Los padecimientos bien aceptados son, como nos enseña Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, un sacramental que nos santifica y nos salva: es el peso ligero y suave de la cruz del Señor. Pero también existe otra forma de sufrimiento: el yugo de Satanás.

Si queremos la infelicidad, carguemos nuestras cruces con rebeldía; si preferimos ser felices, hagámoslo con amor y resignación. El Prof. Plinio Corrêa de Oliveira resume con pulcritud esta doble opción: «¿Quieres definir a un hombre? Pregúntale si en el centro de su vida hay una cruz. Pregúntale qué cruz lleva y cómo la lleva; el hombre quedará definido. [...] “Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú” (Mt 26, 39), pidió Nuestro Señor al comienzo de la pasión. Y al final gritó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 46). Hasta ahí llegó el sacrificio. Pero después vinieron las glorias de la resurrección.

Entonces, la concepción católica de la vida está clara. Lo verdaderamente hermoso es imitar a Nuestro Señor Jesucristo y cargar nuestra cruz hasta el final».¹ ✠

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 6/10/1984.

‘El símbolo por excelencia del cristianismo nos muestra el valor del sufrimiento para la conquista de la verdadera gloria’



Crucifijo de la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, Tocancipá (Colombia)

Juan Tavárez

Archivo Revista

Opción preferencial por todos



✠ P. Felipe de Azevedo Ramos, EP

¿Haría
Jesús alguna
acepción en
su deseo de
que «todos
los hombres
se salven y
lleguen al
conocimiento
de la verdad»?

La parábola del administrador infiel puede suscitar cierta perplejidad debido al elogio del patrón a la astucia de ese mal siervo, así como por la recomendación de Jesús de que usemos el dinero injusto para hacer amigos que nos reciban en las moradas eternas (cf. Lc 16, 1-9). ¿Cómo entender tales apologías?

San Agustín aclara que el mencionado dueño no alaba el fraude en sí mismo, sino la previsión de su subordinado respecto al futuro. Pues bien, «él se preocupó por la vida que tiene un fin, y ¿no te preocupas tú por la eterna?».¹ Los hijos de la luz deben cultivar, por tanto, una «determinada determinación»² en su búsqueda de la patria celestial.

Siguiendo la perspectiva agustiniana, el «dinero injusto» —en latín, *mamona iniquitatis*— denota las falsas riquezas en contraposición a las auténticas, los tesoros del Cielo que ni la polilla ni la herrumbre pueden destruir (cf. Mt 6, 19-20). Así, el Señor denuncia la visión materialista, preocupada exclusivamente por las posesiones terrenales, al tiempo que consiente que éstas puedan utilizarse para un bien mayor, como, por ejemplo, la evangelización y la consiguiente salvación de las almas.

Ciertamente, la Divina Providencia «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conoci-

miento de la verdad» (1 Tim 2, 4). Jesús llamó tanto a Zaqueo, que era rico y tuvo que abandonar la mitad de sus riquezas para llegar al Cielo, como a Pedro, que sólo tenía una barquita y una red. El Redentor no hace acepción de personas, «ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10) y extirpar el pecado del mundo (cf. Jn 1, 29). Sin embargo, esto no significa que todos efectivamente se salvarán, sino que expresa que la salvación ocurre únicamente por su poder. Es como un médico que quiere rescatar a la totalidad de sus pacientes, pero depende de que cada cual tome la medicina prescrita y así curarse.

Cabe destacar que, para cumplir la voluntad de Dios, importa poco la situación económica. Tanto los ricos como los pobres, todos pueden acoger el Evangelio, convertirse y llevar una vida santa. Existen, por supuesto, los antitestimonios, como el del joven rico que prefirió ser opulento en bienes terrenales, pero miserable a causa del pecado (cf. Lc 18, 18-25). La ingratitud no conoce los bolsillos de la gente... Así pues, ¿dónde están los nueve leprosos —presumiblemente pobres— curados por Jesús? No se dice nada de su salvación, pero lo cierto es que sólo uno de sus compañeros —también pobre, pero rico por la gracia— pudo escuchar de los divinos labios: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado» (Lc 17, 19).

En conclusión, Jesús prefiere a todos, pero no todos prefieren a Jesús. En el apostolado también debemos preferir a *todos*, pues todos han sido objeto de la sangre redentora. A través de ella conquistamos el tesoro imperecedero, la mayor de todas las riquezas, el Cielo. Fuera de ella sólo se encuentra la mayor de todas las miserias, el camino de la iniquidad propuesto por el príncipe de este mundo, el diablo. No hay, por tanto, como advierte el Salvador, una tercera vía... ✠



Detalle de «Los cambistas», de Marinus van Reymerswaele - Colección Real (Inglaterra)

¹ SAN AGUSTÍN DE HIPONA. *Sermón 359A*, n.º 10.

² SANTA TERESA DE JESÚS. *Camino de perfección*, c. 21, n.º 2.

El Cielo y el Infierno comienzan en esta tierra...



✠ P. Rodrigo Fugiyama Nunes, EP

Por revelación de Nuestro Señor y la solemne definición de la Iglesia, conocemos la existencia de un destino eterno después de nuestra muerte: el Cielo o el Infierno, según haya sido nuestra vida. Nadie escapa a esto, como nos lo muestra el Evangelio de este domingo, en el que un hombre rico es condenado a un lugar de tormentos y el pobre Lázaro es llevado por los ángeles junto a Abrahán (cf. Lc 16, 22-23).

Sin embargo, hay algo que podemos olvidar fácilmente: de alguna manera, el Cielo y el Infierno comienzan en esta tierra. ¿Cómo es eso? Hay muchas formas de considerar tal afirmación. No obstante, hoy parece oportuno destacar un aspecto importante, inspirándonos en la segunda lectura, donde San Pablo amonesta a Timoteo: «Combate el buen combate de la fe» (1 Tim 6, 12). Sí, ¡estamos en guerra! Y en esta constante batalla no luchamos solos: los ángeles y los demonios intervienen continuamente en nuestras vidas.

Los ángeles quieren ser nuestros compañeros ya en este mundo, adelantando el momento en que los encontraremos para siempre junto a la Santísima Virgen. Y los demonios desean tentarnos, perdernos y alejarnos de Dios, haciéndonos partícipes de su infelicidad eterna, ahora y por todos los siglos. Se trata de una auténtica contienda sobrenatural, grandiosa y seria, de la que puede depender nuestra eternidad. De ahí la advertencia del profeta Amós, proclamada en la primera lectura: «¡Ay de los que viven despreocupadamente!» (6, 1).

La gran pregunta que surge entonces consiste en saber cómo empezar a vivir el Cielo en esta tierra. Y la respuesta es sencilla: hacer lo que atrae a los ángeles y evitar lo que trae la presencia de los demonios.

Por ejemplo, si una persona, sobre todo un padre o una madre de familia, ve un video inmoral en línea, sin duda atraerá demonios hacia sí misma y hacia sus seres queridos. Por otro lado, alguien que reza el rosario, asiste a misa, adora al Santísimo Sa-

cramento o se confiesa, permanecerá rodeado de ángeles, dondequiera que esté.

Los demonios son atraídos por revueltas, vulgaridad, tristeza, agitación, desorden, impureza, orgullo, mentira y cualquier deshonestidad. Los ángeles se acercan a quien busca el orden, el respeto, la limpieza, la verdadera alegría, la confianza en Dios, la pureza, la humildad, la veracidad, la oración y, en particular, la devoción a la Virgen. Hay más: existen canciones, lugares, personas, objetos, palabras, ambientes, trajes y muchas otras cosas que nos conectan con ángeles o demonios. Una pregunta facilita el discernimiento en este asunto: ¿la música que escucho o la ropa que visto serían dignas de figurar en el Cielo?

El mundo actual, lamentablemente, está perdiendo los reflejos celestiales y tendiendo al caos infernal. ¡Debemos ser diferentes! En nuestras familias, en nuestros hogares, a lo largo de nuestra vida sólo debemos buscar lo que sea reflejo del Cielo, con la ayuda de María Santísima. Así, cuando llegue la hora de nuestra muerte, seremos, como Lázaro, llevados por los ángeles para contemplar a Dios por toda la eternidad. Y entonces comprenderemos cómo valió la pena haber librado el buen combate de la fe. ✠

Ya en esta tierra los ángeles y los demonios nos quieren hacer partícipes de su suerte. ¿Cómo atraer a los primeros y alejar a los segundos?



«San Miguel y los ángeles en guerra con el demonio», de Domenico Ghirlandaio - Instituto de Artes de Detroit (Estados Unidos)

Reproducción



Conversación del Creador con sus criaturas

Fue Dios mismo quien escribió, aunque indirectamente, la Sagrada Escritura, indicándonos con extraordinaria lógica y cohesión las verdades eternas de la fe, a fin de abrir nuestros ojos a realidades que no vemos.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Al analizar la obra de la creación, impresiona constatar la exuberancia de la generosidad manifestada por Dios en todo el universo, desde los más pequeños guijarros hasta las criaturas inteligentes, los ángeles y los hombres.

En la naturaleza mineral, lo comprobamos, o bien en la enorme cantidad de granos de arena de los desiertos y las playas, o bien en el incontable número de astros que se pierden de vista en una magnífica noche estrellada, o bien en la abundancia de agua que fluye prodigiosamente sobre la superficie de la tierra. La estructura perfecta del orden mineral se asemeja a una «conversación» en la que unos dependen de otros, se equilibran, se entrelazan y se apoyan.

Este «intercambio de beneficios» entre ellos resulta, a su vez, en una relación con el mundo vegetal, a través del cual el agua, al evaporarse de los océanos y condensarse en nubes, vuelve a caer, irrigando los cultivos; el sol, cuando despunta en el horizonte, calienta e ilumina los bosques; el viento, cuando sopla, fortalece el tallo de las plantas.

Sin embargo, esta ley parece más intensa cuando observamos los vegetales. También entre ellos se establece una como que «comunicación», mediante la cual se protegen y favorecen a los que están justo encima. Los árboles más frondosos benefician a las hierbas que

sólo se desarrollan a la sombra; algunas especies fructíferas que producen durante todo el año, para alimentar a innumerables animales...

Y si pasamos a considerar a las criaturas que se mueven, ¡la liberalidad se manifiesta aún más pródiga! Hay muchísimas especies de peces en el fondo del mar, que entre ellas se sustentan, ¡y los hombres ni siquiera las conocen! Hasta los insectos más pequeños parecen ayudarse recíprocamente. ¿Cuál es la «noticia» que una hormiga, por ejemplo, transmite a otra? ¿Y cómo se propaga tan rápido hasta el punto de que todas se organizan para llevar un granito de azúcar al hormiguero, en una verdadera «peregrinación»?

Se diría que en todos los seres reina una «voluntad» de difundir y dar lo que es suyo a los demás. ¿Por qué?

Al Sumo Bien le conviene comunicarse

La razón se encuentra en la propia naturaleza de Dios, que es el Sumo Bien. Siendo absoluto y bastándose a sí mismo, no ha creado por necesidad, sino que, como enseña Santo Tomás,¹ le convenía comunicarse en grado máximo, a fin de exteriorizar lo que es y relacionarse con las obras que le pertenecen.

En el orden dispuesto por Él, estableció jerarquías, y ama la «convivencia» entre todos. Las criaturas

irracionales son, por lo tanto, espejos variadísimos en los que se refleja la excelencia de Dios, y le dan gloria por el simple hecho de existir. Todo su ser es un permanente cántico de suma elocuencia, aunque mudo, a la belleza, omnipotencia y bondad del Creador.

Dios quiso, no obstante, concederles a los ángeles y a los hombres la participación en su vida divina, con vistas a la suprema felicidad de la eterna convivencia con Él.

Para ello, les dio a los ángeles un diálogo superior, mediante la iluminación de la inteligencia, en «conversaciones» rápidas como el rayo; y para nosotros, los hombres, nos reservó un extraordinario don: la palabra.

Esto nos permite transmitir nuestros sentimientos, observaciones, análisis y experiencias respecto a aquello que ha sido objeto de nuestro encanto y entusiasmo..., en resumen, todo nuestro universo interior. Necesitamos expandir y expresar lo que llevamos en el alma, y ser comprendidos por los demás. Así que, cuando una persona se distingue por su bondad, es en extremo comunicativa, pues su virtud la impulsa constantemente a querer darse a los otros por el simple placer de hacer el bien.

Una carta de Dios a los hombres

Llegamos aquí al punto esencial: tan infinito, indecible e inimaginable

es el deseo del Altísimo de darse y hacerse conocer por nosotros, que quiso hablarnos usando el propio lenguaje humano, con el fin de elevarnos a una noción muy exacta de sí mismo.

¿Qué hizo entonces? ¿Cómo se comunicó con nosotros?

El Espíritu Santo sopló en el alma de los profetas y demás escritores sagrados —valiéndose de la inteligencia, el carácter personal y la mentalidad de cada uno, y de acuerdo con las costumbres, la cultura y los géneros literarios vigentes en sus respectivas épocas— para que escribieran lo que Él quisiera transmitirnos.

Algunos Padres y doctores de la Iglesia, como San Antonio, San Atanasio y San Agustín, califican la Sagrada Escritura de carta enviada por el Cielo a los hombres,² y San Gregorio Magno la llama «una epístola de Dios omnipotente a su criatura».³

Es Dios mismo quien nos ha escrito, aunque indirectamente, demostrando con extraordinaria lógica y cohesión las verdades eternas de nuestra fe, para abrirnos los ojos a realidades que no vemos y enseñarnos a analizarlo todo desde un prisma sobrenatural.

La más alta comunicación de la divinidad

Sin embargo, la comunicación divina con los hombres no podía reducirse a un libro, por muy excelente que fuera. Entonces, ¿el cristianis-

mo sería la religión de la letra? ¿Acaso no es él la adhesión al Dios vivo?

En su inmenso amor por nosotros, el Señor quiso que lo conociéramos más perfectamente en sus tres personas, dándonos una noción clara, real y palpable de quién es Él y poniendo a nuestro alcance el supremo modelo de santidad. Por eso, llevó a cabo el más extraordinario plan de comunicación entre Dios y su criatura: la unión hipostática.

En cierto momento, el Verbo, engendrado desde toda la eternidad por el fecundo pensamiento del Padre, se hizo carne y habitó entre nosotros. Y al asumir figura humana, uniendo la plenitud de la divinidad a nuestra débil naturaleza, mostró de forma precisa y sensible lo que hasta entonces había revelado por escrito.

Conviviendo entre los hombres, la segunda persona de la Santísima Trinidad, causa ejemplar de todo lo creado, nos propuso el patrón para ser perfectos como el Padre celestial (cf. Mt 5, 48), al decir: «Yo y el Padre somos uno» (Jn 10, 30) y «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14, 9). Mirando al Hijo y asemejándonos a Él comprenderemos al Padre y alcanzaremos la máxima perfección, a fin de estar preparados para contemplar la Trinidad eternamente, cuando todos seamos uno con Jesús, en el Padre.

La ley antigua era imperfecta y transitoria, ya que sólo educaba a la humanidad en función de los principios morales, mostrándole sus deberes y enseñándole a evitar el pecado. Pero no confería fuerzas para practicarlos.

Al establecer el régimen de la gracia a través del bautismo y los otros sacramentos, el Señor vino a traer la solución a todos nuestros males, facilitando la práctica de la fe y de las demás virtudes y concediéndonos, por otra parte, las gracias actuales y los dones para vencer las tentaciones y santificarnos.

Unidad de las Escrituras en función de un Arquetipo

He aquí, pues, un principio fundamental: si leemos las Escrituras con ojos de fe, veremos cómo la Divina Providencia ordenó los acontecimientos, con siglos de antelación, para que fueran aprovechados suavemente con vistas a preparar la llegada del Reino de Dios.

Todo comienzo no es aún la realización plena, pero tiene su propio valor, su papel de suma importancia, porque camina hacia el final en función de un Arquetipo.

Así, el Antiguo Testamento es una gran obertura musical compuesta por el Padre para la venida de su Hijo. Las hazañas de los patriarcas y la salida de los israelitas de Egipto hacia la tierra prometida apuntaban al nacimiento, vida, pasión y muerte del Cordero de Dios; los ritos de la sinagoga constituían imágenes de la crucifixión del



En su inmenso amor, el Señor quiso que lo conociéramos más perfectamente en sus tres personas, dándonos una noción clara y palpable de quién es Él a través de la unión hipostática

La Santísima Trinidad - Tímpano de la abadía de la Santísima Trinidad, Caen (Francia)

Señor y de su sacrificio incruento, que es la eucaristía; y la religión de Moisés, David y Salomón prefiguraba la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Vemos entonces la historia religiosa de la humanidad dividirse en dos periodos: antes de Cristo y después de Cristo.

La alianza sigue siendo la misma y nunca ha sido revocada. Los que vinieron antes habían permanecido en la expectativa, como dice la Carta a los Hebreos: «Sin haber recibido las promesas, sino viéndolas y saludándolas de lejos» (11, 13). Nosotros, que hemos alcanzado la realización de la promesa, hemos recibido todos los influjos que trajo la Redención; tenemos la Escritura concluida, la Revelación lista, las profecías cumplidas.

En resumen, el Señor está en el centro de toda la Escritura y mantiene la unidad que existe entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Solamente hay un único Autor de los libros sagrados y de la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo: ¡Dios! Si veneramos la palabra escrita, dictada por el Espíritu Santo, también veneramos la Palabra encarnada, el cuerpo del Señor formado en las entrañas de María por el poder del mismo Espíritu. Ésta refleja aquella y aquella se sintetiza en ésta.

Al respecto, San Cesáreo de Arlés se expresó así, evocando un pensamiento de su admirado San Agustín: «La Palabra de Dios no es menos importante que el cuerpo de Cristo. Es más, así como tenemos cuidado, cuando se nos distribuye el cuerpo de Cristo, de no dejar caer nada al suelo, del mismo modo debemos tener igual cuidado de no dejar escapar de nuestro corazón la Palabra de Dios, cuando se nos comunica, pensando o hablando de otra cosa. Porque no será menos culpable quien escucha la Palabra de Dios con negligencia que quien deja caer al suelo, con negligencia, el cuerpo del Señor».⁴

¿Cómo leer la Sagrada Escritura?

Recordemos cuán útil, e incluso indispensable, es la meditación de la Sagrada Escritura como una de las mejores fuentes de oración, para establecer un coloquio con Dios a través de lo que allí se contiene.

Hay una alianza del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo que acompaña siempre la lectura de la Palabra de Dios —sobre todo los cuatro evangelios, pues éstos contienen la sustancia más llena de luz de todas las Escrituras—, por lo que a veces bastará abrir-



Santiago Vieito

La palabra escrita refleja la Palabra encarnada; el que saboree su conversación con Dios en lo hondo de su alma, aprovechará mejor su lectura

las al azar y escoger la primera frase que nos llegue a los ojos, para recibir bendiciones especiales y volvernos más puros.

Sabrà aprovechar mejor la lectura quien lo haga sin la preocupación de comprender o memorizar a toda costa, sino dejando que las impresiones fluyan y saboreando la conversación directa de Dios en lo hondo de su alma, a través de gracias místicas.

Más o menos como el que camina por el campo y encuentra piedras preciosas: cuando ve algo que brilla, recoge con naturalidad esa gema o perla y la guarda en su bolsillo.

En ciertas ocasiones, Dios procederá de manera diferente: no bastará la mera lectura, sino que sólo dará gracias para entender algún pasaje que nos parece oscuro cuando sea leído en conjunto, porque quiere que unos enseñen a otros y sean causa de estímulo y progreso para los demás.

Ante todo, debemos leer las Escrituras según la tradición viva de la Iglesia, es decir, enseñada por la predicación de sus ministros que han recibido el carisma y el mandato de guardar la verdad, y sometiendo cualquier interpretación al juicio de aquel que está en la cima de la jerarquía, el Papa, que goza de infalibilidad cuando se pronuncia *ex cathedra* en materia de fe y moral.

Emociona ver la cohesión absoluta de la doctrina católica, constituyendo un cuerpo único, magnífico y enteramente sólido, en el que no hay posibilidad de error y ante el cual no se puede afirmar algo contrario a lo que enseña toda la Iglesia.

Esto nos da una comprensión vivencial de cuánto ama Dios la convivencia humana y tiene un aprecio extraordinario por la vida comunitaria, como reflejo de esa matriz primera que es la *pericóresis* de las tres divinas personas, viviendo felices entre sí desde toda la eternidad y para toda la eternidad.

La Virgen aún será revelada

En lo que respecta a la interpretación de las Escrituras, ya se ha estudiado y comentado mucho. A lo largo de los tiempos, la Iglesia ha ido asimilando las explicitudes de los Santos Padres y de los más variados autores —como San Atanasio, San Jerónimo, San Agustín, Santo Tomás de Aquino y la inmensa pléyade de doctores— y

reconociéndolas como doctrina oficial, parte del cuerpo de la Tradición.

Pero puede ser que, según las circunstancias y las necesidades de la época, el Espíritu Santo suscite en la historia almas inspiradas que llamen la atención sobre ciertos aspectos nuevos, haciendo más explícito el sentido de las Escrituras, como ningún exégeta hasta entonces había afirmado.

A la vez, el propio Espíritu Santo —cuya misión es promover el crecimiento de la Iglesia y hacerla cada vez más perfecta y espléndida— difundirá entre los fieles una gracia por la que nazca una apetencia llena de entusiasmo para que esa verdad sea anunciada.

En vista de ello, y como somos muy marianos, no podemos dejar de tratar aquí el papel de la Santísima Virgen en este plan de la Palabra encarnada, ya que Ella es Madre de Dios.

Hemos visto cómo el Padre quiso darnos una experiencia de quién es Él enviando «al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de Él» (1 Jn 4, 9). Si bien que, al ver a Jesús-Hombre tan fuerte —su voz potente y terrible dominó las tormentas, hizo callar a los demonios y derribó a sus adversarios cuando quisieron arrestarlo—, podríamos pensar que Dios es sólo justicia y severidad.

Además, teniendo en cuenta que la humanidad está compuesta por los géneros masculino y femenino, faltaría algo para comprender mejor, en nuestra racionalidad, quién es Dios.

Ha sido misericordioso al señalarlos a su divina Madre, modelo de caridad y afecto, para que, al mirarla, tuviéramos una idea muy exacta de cómo es Dios obrando en su perfección infinita en una pura criatura humana. La inocencia y rectitud excel-



Archivo Revista

Dios quiso darse a conocer también a través de María Santísima, para que, mirándola, tuviéramos una idea de cómo Él obra con absoluta perfección en una pura criatura

Monseñor João en abril de 2008

sas, cuando se presentan en el género femenino como en Nuestra Señora, arrebatan enteramente. La Santísima Virgen, por tanto, constituye para nosotros un peldaño para llegar con más seguridad a Nuestro Señor Jesucristo y comprender su bondad. No podemos considerar a María sin Jesús, y tampoco es conveniente considerar a Jesús sin María.

Pero parece que el mayor secreto de Nuestra Señora aún no se ha conocido en profundidad en estos veinte siglos de historia de la Iglesia. En mi opinión personal —aunque dispuesto a aceptar el pronunciamiento de la Iglesia sobre este asunto, como en cualquier otro ámbito— creo que Jesús quiso reservar el privilegio de revelar a su Madre para una era histórica que será la más esplendorosa antes del fin del mundo.⁵

¿Por qué la ha mantenido oculta durante tanto tiempo?

Hay muchas razones, pero quizá una de ellas sea la siguiente. Habiendo caído los hombres por orgullo, era necesario que hubiera un extraordinario ejemplo de humildad, para que luego fuera proclamado: sólo los que se humillan serán enaltecidos (cf. Lc 1, 52; 14, 11). La propia Virgen Santísima debió implorarle a su divino Hijo que no la nombrara, y Él le aceptó esa petición durante dos mil años.

Pero llegará el día en que se establecerán las bases de una civilización que nacerá del triunfo de su Inmaculado Corazón. Y las dos figuras de Jesús y María completarán enteramente una idea bien enfocada para que alcancemos el conocimiento más pleno posible de Dios en esta tierra. ✠

Fragmentos de exposiciones
orales pronunciadas
entre 1992 y 2007.

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma contra los gentiles*. L. III, c. 24, n.º 6.

² Cf. CORNELIO A LÁPIDE. *Comentaria in II Epist. S. Petri*. In: *Commentarii in Sacram Scrip-*

turam. Lugduni: Pelagaud et Lesne, 1840, t. x, p. 766.

³ SAN GREGORIO MAGNO. *Epistolarum*. L. IV, Epistola 31: PL 77, 706.

⁴ SAN CESÁREO DE ARLES. *Sermo LXXVIII*, n.º 2: CCSL 103, 323-324.

⁵ Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. «Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vier-

ge», n.º 50. In: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, pp. 515-516.

El Libro escrito por Dios

Tras acaloradas controversias, oscuras traducciones, inexplicables mutilaciones, pérdidas y falsificaciones, la Obra de las obras, bajo la maternal custodia de la Santa Iglesia, ha llegado hasta nosotros.



✠ Mariana Cristina Moniz

Seguir el desarrollo de las instituciones o costumbres siempre ha sido una forma eficaz y saludable de crecer en el amor a ellas. Sin embargo, el pragmatismo —gran dominador de nuestro siglo— nos ha ido habituando a contemplar las cosas sólo como se nos presentan a la vista, a fijar nuestra atención en su utilidad inmediata y a olvidar los valores, a menudo inmensos, que hay tras ellas. Uno de los ejemplos más ilustrativos al respecto son los libros.

Libros, los hay a miles. Se venden, se leen, se olvidan... Su destino suele ser el fondo enmohecido de una biblioteca o, con mucha suerte, la estantería de un coleccionista. No obstante, ¡cuánto esfuerzo empleado en la elaboración de cada uno de ellos! Y esta realidad, válida para los ejemplares antiguos y nuevos, famosos o poco conocidos, se aplica —sobre todo— a la Obra de las obras, *el Libro* escrito e inspirado por Dios mismo: la Sagrada Escritura.

Hoy en día, cualquiera que desee una Biblia puede comprarla por un precio a veces irrisorio. Hay Biblias grandes, pequeñas, ilustradas, bilingües..., en resumen, para todos los gustos. Pero si, al hojear sus páginas, nos remontamos a su Autor y sus «escribanos», que desde tiempos remotos trabajaron para transmitir a la posteridad las maravillas del Señor, nos da-

remos cuenta de cuántas dificultades hubo que superar para que los numerosos ejemplares de que disponemos tuvieran su configuración actual.

Pues bien, un *vol d'oiseau* sobre la maravillosa trayectoria de este Libro sin duda nos hará recorrer sus páginas con otra mirada.

De «caña de medir» a «regla de vida»

Para comprender esta intrincada historia, será necesario que, a lo largo de todo el artículo, nuestros lectores se familiaricen con algunos términos pocos conocidos. El primero de ellos es *canon*, ya que los libros de la Biblia están catalogados en el llamado canon de las Escrituras.

El vocablo tiene raíces semíticas, aunque lo heredamos del griego:

kanōn (*kanōn*), el cual proviene del término hebreo *qaneh*, que en tiempos inmemoriales designaba una caña o vara utilizada para medir, como menciona el profeta Ezequiel (cf. Ez 40, 3-5), pero que, en sentido derivado, se aplicaba a todo lo que se mensuraba o regulaba.

Los gramáticos griegos de la Antigüedad llamaron *kanōn* a las colecciones de obras clásicas que podían servir de modelos literarios, y en el griego profano adquirió el significado de norma o regla moral, habiendo incluso quien lo aplicara metafóricamente al hombre que se establecía como ejemplo de conducta. En algún momento de la historia, la palabra griega se transliteró al latín, dando origen al término *canon*.¹

En la Sagrada Escritura, el pionero en utilizarlo en la acepción de regla moral fue muy probablemente San Pablo. El Apóstol de los gentiles lo consignó en sus cartas, verbigracia, escribiendo a los gálatas: «La paz y la misericordia de Dios vengan sobre todos los que se ajustan a esta *norma*; también sobre el Israel de Dios» (6, 16). Las epístolas paulinas se convirtieron desde entonces en *reglas de vida* para los cristianos; no obstante, pasarían siglos antes de que formaran parte oficial del canon bíblico...

Pero no nos adelantemos. Volvamos al Antiguo Testamento.

Conocer la trayectoria de la Sagrada Escritura, Libro escrito por Dios mismo, nos hará recorrer sus páginas con otra mirada



Inicio de las divergencias entre cristianos y judíos

Los libros premesiánicos, escritos por mandato de Dios y recopilados con admirable celo por el pueblo elegido, constituyeron la primera fuente de inspiración para los cristianos de las comunidades nacidas del Calvario.² El divino Maestro había dado pruebas eminentes de su conocimiento escriturístico, y sus discípulos continuarían orando con los salmos, meditando en los preceptos divinos confiados a Moisés y confirmando el cumplimiento de todas las profecías con el Pentateuco y otras obras sagradas. Todos estos libros ya eran aceptados como el canon del Antiguo Testamento a mediados del siglo I.

No obstante, si el lector desea comparar nuestro Antiguo Testamento con las escrituras judías actuales, encontrará varias divergencias... ¿Por qué?

La explicación se halla entre finales del siglo I y principios del II de la era cristiana. Un gran abismo ya separaba la vieja sinagoga de la naciente Iglesia católica cuando, reunidos en Jamnia, rabinos eminentes, fariseos y sacerdotes del pueblo judío definieron qué libros aceptarían como sagrados

y cuáles no. De los numerosos escritos que circulaban, aprobaron sólo veintitrés y eliminaron, entre otros, el libro del Eclesiástico, el de la Sabiduría, el de Baruc, el de Judit, el de

Tobías, los dos libros de los Macabeos —éstos últimos porque sus protagonistas no eran afines desde el punto de vista político— y los pasajes griegos de Ester y Daniel —porque ese idioma era considerado pagano.³

Sin embargo, otros libros ya habían desaparecido misteriosamente incluso antes de esa decisión de la asamblea judía. Es el caso, por ejemplo, del Libro del Justo, mencionado en Josué (10, 13) y en el segundo libro de Samuel (1, 18); el Libro de las Guerras del Señor, que consta en Números (21, 14); el libro de Jeremías contra toda la maldad de Babilonia, citado en Jeremías (51, 60) y muchos otros... ¿Qué habrá sido de esos escritos? ¿Qué decían? Quizá nunca lo sepamos. Lo cierto es que el canon del Antiguo Testamento mantenido por los cristianos pasó a ser diferente del defendido por los judíos, como diferentes serían para siempre el judaísmo y la religión cristiana.

Libros premesiánicos aceptados como el canon del Antiguo Testamento son rechazados por los judíos en los siglos I y II d. C.

Manuscrito hebreo del Libro de Ester - Museo Real de Ontario (Canadá)

Gustavo Kralj

Surge el Nuevo Testamento

Mientras esto sucedía, el canon del Nuevo Testamento comenzaba a nacer.

Los evangelios se escribieron a finales del siglo I, al igual que los Hechos de los Apóstoles, el Apocalipsis y las epístolas de Pedro, Santiago, Juan, Pablo y Judas. Estas misivas, dirigidas a destinatarios específicos, pero difundidas por las comunidades nacientes de manera orgánica, se fueron abriendo camino hasta lo que hoy conocemos como el Nuevo Testamento.

Pero no crea, querido lector, que el proceso fue sencillo. Hubo acaloradas discusiones sobre la veracidad de algunos escritos, traducciones que volvieron oscuros ciertos pasajes, mutilaciones inexplicables, epístolas que se perdieron para siempre e incluso fragmentos falsificados con la intención de desviar a los fieles de la verdadera fe o «embellecer» un poco más la historia del divino Maestro y sus discípulos, ya de por sí insuperable...

En la medida en que nos lo permita la brevedad de este artículo, consideraremos algunos detalles de este proceso.

Discordancias entre los cristianos

Las polémicas en torno al canon bíblico han unido y separado, a lo largo de los siglos, a los partidarios de diversas teorías, que se debatieron para demostrar sus posturas en un auténtico «campo minado», donde ni siquiera los santos estuvieron exentos de error.

El punto de partida de las discordancias fue la traducción.⁴ Mientras que algunos —siguiendo la escuela rabínica— aceptaban únicamente los textos escritos en hebreo o arameo, la mayoría de las comunidades defendían la *Versión de los Setenta*, escrita en griego. El primer grupo contaba con nombres ilustres: San Jerónimo, Orígenes, Rufino. No obstante, los paladines de la versión griega no se quedaron atrás: entre ellos se encontraban San Agustín, San Ireneo, Tertuliano. En terreno neutral, pero con concepciones aún muy imprecisas, figuraban



algunos como San Atanasio, San Cirilo de Jerusalén, San Gregorio Nacianceno y San Epifanio.

Para enturbiar todavía más el nebuloso panorama, también aparecieron en escena los herejes, gnósticos de todo tipo, como Marción, que negaba el origen divino del Antiguo Testamento y sólo aceptaba el Evangelio de San Lucas —repleto de supresiones— y algunas epístolas de San Pablo; y Montano, que alardeaba de «profeta» del Nuevo Testamento e intentó introducir en el canon de la Biblia sus propias «profecías».⁵

Coronando ese revuelo, empezaron a proliferar por todas partes libros apócrifos —del griego *ἀπόκρυφος* (*apokryphos*), oculto—, término que inicialmente hacía referencia a «escritos reservados» y que posteriormente se aplicó también a varios textos de estilo bíblico, que, presentados como inspirados, eran en realidad obra de falsificadores, algunos piadosos incluso, otros a menudo heréticos. La multiplicación de estas composiciones contribuyó en gran medida a sembrar la duda entre los fieles, que no sabían distinguir lo falso de lo verdadero.

Fue necesario, entonces, que el magisterio de la Iglesia se pronunciara de manera oficial a fin de esclarecer qué textos eran efectivamente revelados y cuáles eran espurios.

La sabia intervención de la Iglesia

Para este delicado proceso de selección, la Santa Iglesia tuvo que discernir la voz del Señor en los escritos de los hombres. «La inspiración bíblica es una acción sobrenatural de Dios, a la vez discreta y profunda, que respeta enteramente la personalidad de los autores humanos —pues Dios no mutila al hombre que Él mismo ha creado—, pero los eleva por encima de ellos mismos, pues Dios es capaz de hacerlo. Así pues, los libros nacidos de la actividad de estos autores no son solamente humanos, sino divinos; no expresan sólo un pensamiento humano, sino el pensamiento de Dios. Y, sin embargo, están enraizados en la naturaleza humana: en ellos, todo es del hombre y todo es de Dios».⁶

Para definir el canon bíblico fue necesario afrontar polémicas, combatir herejes, discernir entre textos revelados y escritos apócrifos

En el análisis de los diversos textos se utilizaron tres criterios, que pueden catalogarse como *externos*, *internos* y *eclesiales*.

Por criterios *externos* se entiende la necesidad de que el texto proceda de los tiempos apostólicos, sea ortodoxo —tanto eclesiástico como doctrinalmente—, guarde concordancia y unidad en su mensaje, y resulte instructivo para la comunidad.

Los criterios *eclesiales* consisten en que el escrito sea aceptado por un gran número de iglesias particulares antiguas y que las autoridades eclesiásticas oficiales lo hayan reconocido y citado como Escritura. El papel de la Tradición, por tanto, fue vital en ese sentido: «La Sagrada Escritura es la Palabra de Dios en cuanto se consigna por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo, y la Sagrada Tradición transmite íntegramente a los sucesores de los Apóstoles la Palabra de Dios, a ellos confiada por Cristo Señor y por el Espíritu Santo para que, con la luz del Espíritu de la verdad la guarden fielmente, la expongan y la difundan con su predicación».⁷

Pero los criterios *internos* son los más importantes, ya que tienen por objeto reconocer la inspiración del texto. Respecto de esta característica, sólo la Santa Iglesia posee el *munus* de juzgarla, pues sólo ella puede discernir de manera infal-



Fotos: Reproducción



Gustavo Kralj

A la izquierda, «Apocalipsis de San Pedro» - Biblioteca Nacional de Austria, Viena, y «Evangelio de María» - Museo Ashmolean, Oxford (Inglaterra), manuscritos apócrifos. A la derecha: San Jerónimo y San Agustín, detalle de la «Apoteosis de Santo Tomás de Aquino», de Francisco de Zurbarán - Museo de Bellas Artes de Sevilla (España)



Los cuatro evangelistas, de Francisco de Zurbarán - Museo de Cádiz (España)

libre cuándo un libro ha sido realmente inspirado por el Espíritu Santo.

Así, madre y maestra de la verdad, la Iglesia ha ido apaciguando las querellas e indicando el camino a seguir. A partir del siglo IV, la palabra canon, tanto en el sentido de colección de libros bíblicos reconocidos por el magisterio como de regla de fe, comenzó a usarse en la Iglesia latina. Se sabe, en efecto, que un documento del concilio local de Laodicea, celebrado alrededor del año 360, utilizó por primera vez el adjetivo *canónico*, refiriéndose a los Libros Sagrados.⁸ Más tarde fue promulgada la definición dogmática del actual canon de las Escrituras, en el decreto *De Canonis Scripturas* del Concilio de Trento, que afirma que es de fe católica que todos los libros recogidos en la lista son sagrados, inspirados y canónicos.⁹

Desde entonces, los libros canónicos pueden clasificarse en protocanónicos y deuterocanónicos, continuando así nuestra serie de palabras poco conocidas. La partícula griega *πρότο* (*proto*), significa *primero*; y *δεύτερο* (*deutero*), a su vez, *segundo*. Los li-

La Iglesia, maestra de la verdad, indicó el rumbo a seguir; y así recibimos el tesoro de la Sagrada Escritura, legado apostólico y baluarte de nuestra fe

bro protocanónicos son, por tanto, los primeros libros en ser reconocidos canónicamente, aquellos que, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, siempre se han considerado revelados; y los deuterocanónicos son los libros reconocidos posteriormente, tras siglos de discusiones relativas a su inspiración divina. Forman parte de la lista de los deuterocanónicos del Nuevo Testamento la Carta a los Hebreos, la carta de Santiago y la de Judas, la segunda de Pedro, la segunda y tercera de Juan y el Apocalipsis.

Así llegó hasta nosotros

Es sorprendente pensar que tuvieran lugar tantas controversias ya en los primeros siglos del cristianismo. Ahora bien, la Biblia aún tendría que enfrentarse a las veleidades del Renacimiento y la Reforma, a los embates contra las adulteradas traducciones de Lutero, Zwinglio y Calvino, a la quisquillosidad de los investigadores modernos, a los reveladores esclarecimientos de la ciencia..., en definitiva, una verdadera odisea.

A pesar de todo, las decisiones de Trento perduraron y fueron reiteradas en varios documentos magisteriales posteriores, como la constitución dogmática *Dei Filius*, del Concilio Vaticano I, la encíclica *Providentissimus Deus*, de León XIII, y la constitución dogmática sobre la divina Revelación *Dei Verbum*, del Concilio Vaticano II, que puso fin a siglos de discusión.

Así fue como recibimos el tesoro de la Sagrada Escritura, legado apostólico y baluarte de nuestra fe, ¡el Libro escrito por Dios para iluminar la historia de la humanidad! ✠

¹ Cf. PAUL, André. *La inspiración y el canon de las Escrituras*. Navarra: Verbo Divino, 1985, pp. 45-47.

² Desde tiempos antiguos, los judíos separaban sus escritos sagrados en tres grupos: la *Torah*, que significa ley, estaba compuesta por el Pentateuco; los

Nebiim, profetas, reunían los libros proféticos; y los *Ketubim*, es decir, escritos, agrupaban el resto de las obras.

³ A pesar de ello, en el *midrash* judío se encuentran reminiscencias de estos escritos y referencias a ellos.

⁴ Cf. ARTOLA, Antonio M.; CARO, José Manuel Sánchez. *Biblia y Palabra de Dios*. Navarra: Verbo Divino, 1989, pp. 90-100.

⁵ Cf. BARUCQ, A.; CAZELLES, H. «Los libros inspirados». In: ROBERT, A.; FEUILLET, A. (Dir.). *Introducción a la Biblia*. 2.ª ed.

Barcelona: Herder, 1967, t. I, pp. 69-70.

⁶ *Idem*, p. 36.

⁷ CONCILIO VATICANO II. *Dei Verbum*, n.º 9.

⁸ Cf. ARTOLA, *op. cit.*, p. 64.

⁹ Cf. DH 1501-1505.

¿En qué lengua habla el Espíritu Santo?

Al inspirar a los varones que compusieron los Libros Sagrados, al divino Paráclito le plugo valerse de los idiomas propios de cada uno. Pero, en las centenas de páginas de los originales de la Biblia, sólo tres lenguas acabarían figurando.

✠ João Pedro Serafim Freitas Pereira



Con su estilo característico, San Lucas nos ofrece una descripción detallada del acontecimiento que marcó los comienzos de la Iglesia: Pentecostés. Después de que lenguas de fuego se posaran sobre cada uno de los Apóstoles, «se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse» (Hch 2, 4). Este maravilloso fenómeno que supera las capacidades comunes de la inteligencia humana, denominado *glosolalia* por los teólogos, es enumerado por Santo Tomás de Aquino¹ entre las gracias *gratis datae*, es decir, aquellas concedidas gratuitamente a alguien, no para su provecho personal, sino para beneficio de los demás.

Se trató, sin duda, de un suceso excepcional, pues el aprendizaje de un nuevo idioma requiere esfuerzo y dedi-

cación, más o menos intensos conforme las capacidades y aptitudes de cada uno. Solamente el Espíritu de Inteligencia podía obrar semejante prodigio...

Sin embargo, ocurrió algo distinto cuando los autores sagrados, bajo la inspiración del mismo Espíritu Santo, consignaron por escrito la Palabra de Dios. Según los designios de la Divina Providencia, las Escrituras no debían ser una compleja «sinfonía de idiomas», como la del día de Pentecostés. Al inspirar a los varones que compusieron los Libros Sagrados, el Paráclito le plugo utilizar los idiomas propios de cada uno y, por tanto, únicamente figuran tres idiomas en los manuscritos originales de la Biblia.

El primer idioma de los textos sagrados

Compuestas entre el siglo XIII a. C. y I d. C., las Escrituras narran, en su parte histórica, hechos que tuvieron lugar en el Mediterráneo oriental,

el norte de África y Oriente Medio. Luchas, victorias y derrotas, penas y alegrías, milagros y pruebas... ¡Grandes momentos vivieron los israelitas durante los catorce siglos en los que se redactaron los Libros Sagrados! Considerables también fueron los cambios que contribuyeron a alterar las costumbres del pueblo elegido en ese largo período.

No cabe duda de que el hebreo fue el primer idioma empleado por los hijos de Abrahán al componer la Sagrada Escritura. A pesar de que poco se conoce de los textos originales, los escritos en esa lengua constituyen casi la totalidad del Antiguo Testamento.

Se sabe que entre los judíos circulaba una rica variedad de versiones hebreas de la Biblia. De hecho, en el primer siglo de nuestra era el judaísmo estaba bastante dividido, y contaba con cuatro facciones principales: fariseos, saduceos, zelotes y esenios, cada cual con su propia versión de los Libros Sagrados. Con la invasión de Jerusalén en el año 70 d. C. y las posteriores guerras romanas esa multiplicidad de

Los autores sagrados consignaron la Palabra de Dios por escrito en diferentes idiomas y contextos históricos, pero bajo la inspiración del mismo Espíritu Santo

«Los profetas Jeremías y Baruc», de Rutilio di Lorenzo Manetti - Galería Nacional de Arte Antiguo, Roma

El hebreo fue la primera lengua utilizada por los hijos de Abrahán al redactar las Escrituras, siendo posteriormente sustituida por el arameo

Libro de Isaías en uno de los manuscritos hebreos encontrados en el mar Muerto - Museo de Israel, Jerusalén

sectas y, en consecuencia, de textos bíblicos cesó. Destruído el Templo, se extinguió la función de los saduceos; los esenios desaparecieron cuando las tropas de Tito arruinaron sus propiedades en Qumrán; finalmente, en el año 135 d. C., cuando Roma logró reprimir la rebelión de los zelotes, éstos se disgregaron. El único grupo que quedó fue el de los fariseos, a los que se asocia la versión bíblica que permaneció y se impuso como la única en el judaísmo: el texto protomasorético.²

Éste, como cualquier escritura de la lengua hebrea, solamente tenía consonantes, ya que las vocales se transmitían en el aprendizaje oral. Esta característica del idioma hebreo se convirtió, con el tiempo, en motivo de dudas respecto a ciertos vocablos cuyas consonantes podían pronunciarse de diferentes maneras, dando lugar a acepciones también distintas. Por lo tanto, a partir del siglo VII, los judíos llamados *masoretas* —nombre derivado del vocablo *masora*, que significa *tradición*— vocalizaron el texto.

Durante mucho tiempo, concretamente hasta el siglo pasado, se creyó que el texto protomasorético, elaborado en el siglo II,³ era el más antiguo. Pero un acontecimiento por completo fortuito desmentiría esa hipótesis.

A principios de 1947 un pastor beduino pasaba por la región llamada Khirbet-Qumrán, en las proximidades del mar Muerto. Mientras practicaba su puntería lanzando piedras a las numerosas cavidades de las montañas, oyó el característico sonido de la cerámica al romperse. Se dirigió apresuradamente al lugar, donde pudo comprobar lo sucedido: una de las pie-

dras había impactado en una tinaja que contenía valiosos papiros y pergaminos bíblicos, y en la cueva había otras nueve... Estudios posteriores confirmaron que los escritos pertenecían a la comunidad de los esenios y podían datarse entre los siglos III a. C. y I d. C.⁴

La nueva lengua de Judá: el arameo

Desde el siglo XIII a. C., el hebreo se mantenía como el único idioma para vehicular la Palabra de Dios en los manuscritos sagrados. No obstante, con el paso del tiempo, los hagiógrafos también utilizarían otro idioma: el arameo, que encontramos en breves pasajes de los libros de Daniel, Esdras y Jeremías. ¿Qué determinó ese cambio?

El arameo era la lengua oficial del Imperio asirio, así como de los dos que le sucedieron, el babilónico y el persa. Durante el gobierno de Acáz, en el siglo VIII a. C., el reino de Judá se convirtió en vasallo de Asiria como consecuencia de la guerra sirio-efraimita,⁵ y se extinguió en el 600 a. C. con la caída de este imperio ante el poderío militar babilónico. En el 587 a. C., el ejército de Nabucodonosor II tomó Jerusalén, y gran parte de los judíos fueron deportados a Babilonia. Se iniciaba así el período de exilio en el que pasarían nada menos que cincuenta años fuera de su patria.⁶

Sólo en el 539 a. C., Ciro, rey de Persia, tras haber conquistado Babilonia y dominado a todos los pueblos sometidos a ella, permitiría a los judíos regresar a Jerusalén y reconstruir el Templo.

Y a raíz de estos acontecimientos fue cuando el arameo penetró en la cultura popular judía, sustituyendo al

hebreo, y allí perduró durante muchos siglos, hasta el punto de ser la lengua vernácula en los tiempos de Nuestro Señor Jesucristo.⁷

Con Alejandro Magno, una nueva era

Pasaron los años y el gran Imperio persa entró en declive, dando paso a otra potencia que emergía en el horizonte.

Las Escrituras describen que, «Alejandro el macedonio, hijo de Filipo, que ocupaba el trono de Grecia, salió de Macedonia, derrotó y suplantó a Darío, rey de Persia y Media, entabló numerosos combates, ocupó fortalezas, asesinó a reyes, llegó hasta el confín del mundo, saqueó innumerables naciones. Cuando la tierra enmudeció ante él, su corazón se llenó de soberbia y de orgullo; reunió un ejército potentísimo y dominó países, pueblos y soberanos, que le pagaron tributo» (1 Mac I, 1-4).

En el siglo IV a. C., Alejandro Magno, con tan sólo 30 años, expandió su vasto imperio por el Mediterráneo oriental y Oriente Medio. Poco a poco, sus nuevas tierras cambiaron de aspecto, adoptando los rasgos característicos del helenismo. Entre los israelitas, una vez más hubo casos de apostasía e infidelidad a la religión. Según el Primer Libro de los Macabeos, «surgieron en Israel hijos apóstatas que convencieron a muchos: “Vayamos y pactemos con las naciones vecinas, pues desde que nos hemos aislado de ellas nos han venido muchas desgracias”. Les gustó la propuesta y algunos del pueblo decidieron acudir al rey. El



Reproducción

rey les autorizó a adoptar la legislación pagana» (1, 11-13).

Tras la inesperada muerte de Alejandro Magno en el 322 a. C., el gigantesco imperio se fragmentó entre sus generales. Los judíos, que hasta entonces disfrutaban de cierta paz, quedaron sometidos al dominio de los ptolomeos, quienes pronto les asestaron un golpe terrible: en el 312 a. C., se apoderaron de la ciudad de Jerusalén, que vio cómo parte de sus habitantes eran deportados a Alejandría, en Egipto.⁸

Esta ciudad sería escenario de un hecho de suma importancia en la historia de la Biblia.

El griego en las Escrituras

Según una antigua tradición, más simbólica que estrictamente histórica, el rey egipcio Ptolomeo II, con el propósito de reunir en su biblioteca todos los escritos del mundo antiguo, envió a Jerusalén a un grupo de representantes para que obtuvieran una copia de las Escrituras, así como a algunos eruditos capaces de traducirlas al griego. Para ello, fueron elegidos setenta y dos sabios que, en una isla cercana a Alejandría, completarían sus trabajos en setenta y dos días. Por un maravilloso prodigio, las traducciones de cada uno coincidían, palabra por palabra, con los textos de los demás, una clara señal de la intervención e inspiración divinas. La obra se conocería como la *Versión de los Setenta*. Cabe destacar que la mayoría de las citas del Antiguo Testamento utilizadas en el Nuevo Testamento provienen de esta versión.

En el canon bíblico también hay textos escritos directamente en griego, como el libro de la Sabiduría, los dos libros de los Macabeos y algunas partes de los libros de Ester y de Daniel. Además, todo el Nuevo Testamento —con la excepción, según autores antiguos, del Evangelio de San Mateo, redactado en arameo, y de la Epístola a los Hebreos, compuesta por San Pablo en hebreo y traducida por San Lucas al griego— fue escrito en ese idioma.⁹



Al margen de sus respectivas lenguas, los hagiógrafos se convirtieron en depositarios de la Palabra «viva y eficaz»

San Juan Evangelista, «Grandes horas de Ana de Bretaña» - Biblioteca Nacional de Francia, París

A la era helenística le siguió la romana: el dominio de los césares alcanzó enorme amplitud, abarcando toda la región del Mediterráneo. Sin embargo, el idioma griego permaneció pro-

fundamente arraigado en gran parte del imperio. Este factor fue decisivo para que el cristianismo pudiera expandirse. Habiendo recibido del Señor el mandato de ir al mundo entero y predicar el Evangelio a toda criatura (cf. Mc 16, 15), los Apóstoles y discípulos disponían de una lengua considerada universal y de una traducción del Antiguo Testamento en ese idioma, la *Versión de los Setenta*, que la Iglesia asumiría posteriormente como propia.¹⁰

Después de todo, ¿cuál es la lengua del Espíritu Santo?

Hebreo, arameo o griego. ¿Cuál de las tres lenguas resultó ser la más apropiada para transmitir la Revelación? Lo cierto es que, independientemente de sus respectivos idiomas, los hagiógrafos se convirtieron en auténticos depositarios de la Palabra «viva y eficaz» (Heb 4, 12).

Si contemplamos desde una perspectiva más elevada la historia de la filología sagrada, veremos que el hebreo posee el valor inestimable de ser la lengua en la que eminentes profetas vaticinaron acontecimientos trágicos y grandiosos, sobre todo la venida del Mesías; el arameo, la inmensa gloria de ser la lengua de Nuestro Señor Jesucristo; el griego, el singular mérito de haber sido utilizado para componer los santos evangelios...

Las tres lenguas juntas son, en definitiva, de una grandeza incomparable, porque en un momento determinado sirvieron como instrumento del divino Paráclito que se manifiesta a quien quiere, en el momento y en el idioma que quiere. ✧

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 111, a. 4.

² Cf. CARBAJOSA, Ignacio; ECHEGARAY, Joaquín González; VARO, Francisco. *La Biblia en su entorno*. Estella: Verbo Divino, 2020, pp. 450-451.

³ Cf. *Idem*, p. 450.

⁴ Cf. *Idem*, pp. 468; 471.

⁵ Samaria y Damasco se aliaron para atacar el reino de Judá, ya que éste no quiso unirse a ellos para combatir el poder asirio. Ante tal amenaza, Acáz pidió ayuda de Tiglat-Pileser III, rey de Asiria.

⁶ Cf. CASCIARO, José María (Dir.). «Introducción». In: *Sagrada Biblia. Antiguo Testamento. Libros Históricos*. 2.ª ed. Pamplona: EUNSA, 2005, pp. 17-18.

⁷ Cf. CARBAJOSA, *op. cit.*, p. 426.

⁸ Cf. SANTOS, Moisés Alves dos. «Introdução aos Livros dos Macabeus». In: *Bíblia Sagrada*.

Edição de estudos. 9.ª ed. São Paulo: Ave-Maria, 2018, p. 679.

⁹ Cf. MÁLEK, Ludvík *et al.* *El mundo del Antiguo Testamento*. Estella: Verbo Divino, 2021, pp. 379-380.

¹⁰ Cf. CONCILIO VATICANO II. *Dei Verbum*, n.º 22.



¿Por qué leer la Biblia?

¿Qué perseguimos cuando escuchamos una conferencia, asistimos a una obra de teatro, leemos un libro o, en definitiva, entramos en contacto con cualquier tipo de texto? En la primera parte de *Este es el libro de los mandamientos de Dios*, una de sus primeras clases, Santo Tomás explicita lo que todos buscamos en un buen orador o en una buena lectura: *enseñanza* para la ignorancia, *deleite* para el tedio y *conmoción*, o estímulo, para la torpeza.

Estos tres beneficios se encuentran de manera eminente en la Sagrada Escritura. El Doctor Angélico expone que la *Sacra Pagina* —como los medievales llamaban a la Biblia— *enseña* firmemente por la verdad eterna de sus palabras, *deleita* por su utilidad y *convence* con eficacia por la fuerza de su autoridad.

En nuestro siglo, cuando el torbellino de doctrinas vacías provoca la extraña sensación de que todo es caos, mentira e ilusión, ¿dónde hallaremos la enseñanza segura que sacia el deseo natural del hombre por la verdad, sino en aquella «ley que subsiste eternamente» (Bar 4, 1)?

El Aquinate señala que el carácter eterno de la doctrina de las Escrituras proviene de la autoridad divina que la promulgó: «El Señor de los ejércitos lo ha decretado, y ¿quién podrá invalidarlo?» (Is 14, 27). En efecto, «no es Dios un hombre, para mentir, ni hijo de hombre, para volverse atrás» (Núm 23, 19). Y decía de sí mismo: «Yo, el Señor, no he cambiado» (Mal 3, 6).

La Palabra de Dios también mueve la voluntad por su necesidad. Cuando menciona la conmoción, Santo Tomás no se refiere a un mero estremecimiento interior y sentimental, sino a un incen-

tivo para actuar de manera virtuosa: «con-mover». De hecho, el hombre será juzgado según sus acciones en esta vida. ¿Cómo actuar con rectitud y santidad si no es guiados por la luz divina e impulsados por la caridad? Así pues, la verdad contenida en las Escrituras, alimentando la fe y el amor, nos empuja a las buenas obras, sin las cuales nadie se salvará.

La Biblia, por lo tanto, posee una autoridad que convence a quien entra en contacto con ella. Esa autoridad se muestra eficaz por tres motivos: primero, por su origen, que es Dios; segundo, por la necesidad de creer, ya que así lo manda Cristo; tercero, por la uniformidad de su enseñanza.

Además de instruir con seguridad la inteligencia y robustecer la voluntad, la *Sacra Pagina* también deleita y atrae por su utilidad: «Yo soy el Señor, tu Dios, el que te instruye para tu provecho» (Is 48, 17). Útil es cualquier bien que nos ayude a alcanzar otro ma-

yor. En este sentido, la proficuidad de la Sagrada Escritura se revela máxima y universal, porque nos conduce al mejor de todos los bienes: «Los que la guardan alcanzarán la vida» (Bar 4, 1).

¿Qué vida es ésta? Según el Aquinate, se divide en tres: la vida de la gracia, por la cual participamos —¡ya en esta tierra!— de la propia vida divina; la de la justicia, que consiste en buenas obras —imposibles de practicar sin auxilio celestial—; y la de la gloria, en la cual veremos a Dios tal como es.

En resumen, las Escrituras, junto con la Sagrada Tradición, constituyen el «mapa» que Dios les ha dado a los hombres para que encuentren el camino que anticipa y conduce a la patria celestial: «El que se concentra en una ley perfecta, la de la libertad, y permanece en ella, no como oyente olvidadizo, sino poniéndola en práctica, ese será dichoso al practicarla» (Sant 1, 25). ✚

Las Escrituras, junto con la Sagrada Tradición, son el «mapa» que Dios le da al hombre para que encuentre el camino que anticipa y conduce a la patria celestial

Detalle de «La lectura de la Biblia», de Elisabeth Baumann - Colección privada



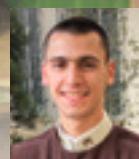
Reproducción



¿Una «traición» a la Palabra de Dios?

Su texto fue el más copiado de la historia y uno de los preferidos entre los selectos de la imprenta. Difundido por todos los rincones de la tierra, en el medievo se convirtió en el gran libro de estilo e inspiración para escritores, eruditos y sabios.

✠ **Ángelo Francisco Neto Martins**



La injusticia puede penetrar incluso en los ámbitos más insospechados de la cultura humana. La prueba es que se ha infiltrado en los proverbios, como bien lo ejemplifica el adagio italiano: *Traduttore, traditore* —El traductor es un traidor. Pero a pesar del agravio que lanza al honroso oficio, tal aforismo tiene algo de verdad.

¿Quién no consideraría una traición traducir, por ejemplo, *saudade* —vocablo portugués que designa un sentimiento complejo de nostalgia, anhelo y melancolía— por *añoranza*, *longing*, *regret* o *rimpianto*? Los matices que hacen que dicha palabra sea tan expresiva traspasan esas traducciones tanto como la luz atraviesa un cristal deslustrado: sin claridad, confusa y apagada.

Una traducción imposible

Para mitigar esta consecuencia del pecado de Babel (cf. Gén 11, 7-9), el traductor que no desee ser un traidor debe conocer perfectamente el idioma que interpreta y aquel al que lo traduce. Y eso se refiere tanto a la gramática, la sintaxis o la semántica como a los proverbios típicos, el tono de cada expresión, las interjecciones, las metáforas, las ironías, el orden de las palabras, los subentendidos..., en definiti-

va, todo lo que conforma la elocuencia de un pueblo.

Pero no sólo eso. Es su obligación conocer a fondo la obra en cuestión y, sobre todo, al autor: sus convicciones e intenciones, su personalidad y formas de expresarse, de ser y de comprender, su contexto histórico, su vida y sus experiencias. Antes incluso que el libro, es necesario entender a quien lo compuso.

Ahora imagine, lector, una obra imposible, o casi, de verterla a otro idioma: un libro escrito en lenguas diferentes —eventualmente con gramáticas y alfabetos distintos— y variado en cuanto a estilos literarios; elaborado a lo largo de siglos para pueblos de todas las épocas; dotado de significa-

do tanto literal como alegórico; en el que no sobra ni falta ninguna palabra; cuyo autor, o mejor dicho, cuyos autores fueran conocidos casi exclusivamente por medio de esta obra y que no eran más que «plumas» de un único Autor capaz de semejante variedad. ¿Habría alguien con el valor suficiente para emprender tal traducción?

Sí, su nombre era Jerónimo. Y ese libro es la Sagrada Biblia.

Preparación inadvertida

San Jerónimo reunía en sí todas las cualidades mencionadas para llevar a cabo una misión tan arriesgada: en el aspecto humano, el dominio del latín, griego, siríaco y hebreo, así como la literatura y la exégesis; en el aspecto espiritual, la santidad para comprender ortodoxamente las páginas sagradas, un punto indispensable, ya que sólo entiende a Dios quien lo ama. Entonces, ¿cómo preparó el divino Inspirador de las Escrituras a su intérprete?

Nacido en el año 347, en el seno de una familia acaudalada de origen griego, en Estridón —ciudad fronteriza del Imperio romano y cruce de pueblos, lenguas y culturas—, es enviado aun siendo joven a estudiar a la Urbe. Allí asistió durante cuatro años a las

*La fidedigna
traducción de la
Biblia era una tarea
casi imposible, pero
hubo un hombre que
fue capaz de hacerlo:
San Jerónimo*

clases de gramática, retórica y literatura del famoso Elio Donato, considerado el mejor maestro de la época. Se distinguió de sus compañeros por su capacidad intelectual, su aventajada memoria y su devoción por las letras romanas, lo que redundó en la organización de una vasta biblioteca personal. Las primeras herramientas para su misión estaban conseguidas: el latín, la literatura y la erudición.

Si bien en este aspecto contrasta con sus colegas, en cuanto a costumbres es idéntico a ellos: todavía no estaba bautizado —era la época en que los hombres recibían las aguas regeneradoras ya de adultos—, con dinero y amigos licenciosos, sin ningún pariente que lo frenara, Jerónimo lleva una vida acorde con la proverbial corrupción de Roma. Aunque por poco tiempo...

El edicto del 17 de junio del 362, promulgado por Juliano el Apóstata, retiraba ciertos derechos a los católicos. Pero lo que el César no había previsto es que un estudiante aprovecharía este inicio de persecución para afirmar su fe: Jerónimo, con el ardor de su juventud y temperamento, se inscribe entre los catecúmenos y es bautizado tres años después por el papa Liberio. De ahí en adelante, sería un católico en el pleno sentido del término; lo que hoy quizá se llamaría un «fanático». Concluidos sus estudios, decidió emprender el camino religioso: marcha a pie hacia Oriente, anhelando el desierto. En la primavera del 375 llega a una comunidad cenobítica de Calcis, donde pasa dos años entre penitencias, tentaciones, enfermedades y arrebatos de amor a Dios. Conquista así otro elemento indispensable para su vocación: la santidad.

Para escapar de las seducciones de la carne que lo asaltan continuamente en su retiro, dedica su tiempo a aprender hebreo con un judío converso. Poco

después, abandona el asceterio y, ordenado presbítero en Antioquía, el mismo lugar donde había asistido a clases de exégesis, parte hacia el Concilio de Constantinopla en el 381. Allí perfecciona vertiginosamente los rudimentos de griego que poseía y sus ya suculentos fundamentos exegéticos. Dos pasos hacia el cumplimiento del designio divino: soltura en dos lenguas más de la Sagrada Escritura —le faltaría un perfecto arameo— y el arte de interpretarlas.

Una misión arriesgada

El mencionado concilio bizantino precedió de cerca a otro celebrado en

Roma. Abiertas las sesiones, lo vemos redactando las actas como secretario papal... Sí, Jerónimo de Estridón, que había poco había sido monje del desierto. Acompañando a su obispo a la Ciudad Eterna, fue incorporado al servicio en Letrán por ser considerado un cristiano especialista —¡una rareza!— en las lenguas bíblicas. A la par de esas funciones, escribe y traduce abundantemente, sin abandonar nunca sus estudios.

San Dámaso, sumo pontífice en aquellos años, percibiendo un llamamiento especial en su joven secretario, pone a prueba sus capacidades: le pide que explique el significado del término *Hosanna* y resuelva otras cuestiones bíblicas. Las respuestas son tan rápidas y brillantes —acompañadas además de un tratado contra el hereje Helvidio y de la traducción de varias obras exegéticas de Orígenes— que el Papa se atreve a desalojar de sus preocupaciones un problema que residía ahí hacía muchos años: la traducción del Nuevo Testamento.

Por entonces circulaban en el mundo católico múltiples traducciones latinas de las páginas sagradas: contradictorias, defectuosas, pobres; «tantos son los originales cuantos los códices».¹ Se trataba de la llamada *Vetus Latina*. La solución se hallaba en una revisión realizada por una única cabeza. Y esa cabeza sólo podía ser la de Jerónimo. Llegado a esta conclusión, San Dámaso le pide a su secretario, en el año 383, una traducción del Nuevo Testamento. El retraso nunca coexistió con él, quien, en un trabajo cuya velocidad hasta el día de hoy sorprende, le entrega al Papa, en el 384, una versión latina de los evangelios traducida por él con base en fidedignos textos griegos.

A pesar del apoyo del Santo Padre, la obra recibió ataques desde todos los frentes. Se hablaba de un falta de res-



«San Jerónimo entrega la traducción de los Evangelios a San Dámaso», de Alessandro Allori - Basílica de Santa María Novella, Florencia (Italia). En la página anterior, «San Jerónimo en su estudio», de Vincenzo Catena - Galería Nacional, Londres

Como secretario papal, Jerónimo recibió de San Dámaso el encargo de traducir el Nuevo Testamento al latín



peto hacia las antiguas ediciones. Pero Jerónimo, respaldado por el Pastor de pastores, no temía nada; hasta tal punto que escribía abiertamente contra la vida disoluta de los clérigos y monjes romanos. No temía nada..., hasta el día de la muerte de San Dámaso. La persecución que se desató entonces contra él lo obligó a regresar a Oriente en el 385. A partir de ese momento residiría en Belén.

La vocación o el mundo

En su nuevo hogar, San Jerónimo se dedicó a continuar la revisión de los textos bíblicos latinos. Su objetivo era verter a la lengua de Virgilio todo el Antiguo Testamento. El trabajo era más extenso, pero parecía menos difícil. De hecho, la versión griega de los Setenta —la *Septuaginta*—, a partir de la cual procedería a la traducción, era un texto extremadamente fiable, el más utilizado por la Iglesia primitiva, el más respetado, casi sagrado. No habría grandes obstáculos.

Nuestro santo biblista desarrollaba su oficio manejando la Hexapla de Orígenes,² la cual compara las versiones más prestigiosas del Antiguo Testamento. Pero a medida que lo hacía se daba cuenta de numerosas

discrepancias entre la Septuaginta y la Hebrea. Sin embargo, no le molestó lo suficiente como para abandonar la famosa versión griega, limitándose a algunas correcciones. Volaba hacia la conclusión de su trabajo, y sólo un acontecimiento grave podía detenerlo. Y precisamente un grave acontecimiento fue lo que ocurrió: una mañana, el traductor constató que las hojas que contenían el fruto de cuatro años de esfuerzo —entre el 386 y el 390— habían desaparecido.³

Viendo en ello una señal divina, dejó la *Versión de los Setenta* tan sólo como un simple recurso y se resolvió al heroísmo de basarse únicamente en

El santo biblista se resolvió al heroísmo de basarse sólo en los «originales» hebreos, y sus traducciones suplantaron los antiguos textos latinos

los «originales» hebreos. ¿Heroísmo? Sí, pues sabía que medio mundo, o mundo y medio, se levantaría contra él: ya había rechazado los tradicionales textos latinos y ahora «faltaría el respeto» a la tan venerable Biblia de los Setenta... A los ojos de sus contemporáneos, era casi un sacrilegio.

A despecho del abucheo general, el traductor emprendió lo que sabía que era su vocación: en el 392 terminó el salterio y los profetas; en el 396, los libros históricos —con excepción del de los Jueces, revisado en el 400— y el de Job; y en el 400, los sapienciales y el Pentateuco. Concluiría entre el 404 y el 405 los deuterocanónicos, como transportado en alas: traduciría el libro de Tobías en un día y el de Judit en una noche. Este conjunto de traducciones comenzó a suplantarse a los antiguos textos latinos y, debido a su amplia difusión, pasó a denominarse *Vulgata*.

Así pues, a pesar del escaso reconocimiento humano a su obra, el Estridonense dejaba eximientemente traducida toda la Sagrada Escritura. Las generaciones posteriores le estarían agradecidas, y con razón. Con la «verdad hebrea», San Jerónimo restituyó a los cristianos varias profecías mesiánicas que no se percibían en la versión griega, de ésta eliminó ciertas confusiones y acalló las burlas de los judíos que se reían de las traducciones cristianas.⁴ Añadamos que, a diferencia de muchas versiones anteriores, la Vulgata no traduce palabra por palabra los pasajes bíblicos. Además, transpuesto al latín con el talento literario digno de Cicerón, su texto era una lectura agradable para los oídos siempre sensibles de los romanos. Recordemos que figuras como San Agustín, e incluso el propio San Jerónimo, tardaron en encontrarle gusto a las Escrituras debido a ese pormenor estilístico.⁵

De Jerónimo hasta nosotros

Consecuencia: los fieles se acercaron a los siempre verdes prados de la Revelación. El texto de la Vulgata fue



«San Jerónimo en disputa con los doctores de la ley», de Filippo Vitale - Academia de San Lucas, Roma

Reproducción

el más copiado de la historia y uno de los preferidos entre los selectos de la imprenta: su enorme difusión es una realidad deslumbrante.⁶ Difundido por todos los rincones de la tierra,

en el medievo se convirtió en el gran libro de texto de estilo e inspiración para escritores, eruditos y sabios.

Más que eso, fue la versión sobre la cual la Santa Iglesia consolidó su doctrina, a través de los concilios. Uno de los decretos de Trento declara que «la antigua y Vulgata edición que está aprobada por el largo uso de tantos siglos en la Iglesia misma, sea tenida por auténtica [...], y que nadie, por cualquier pretexto, sea osado o presuma rechazarla».⁷ Posteriormente, de ella se hará una revisión crítica, la Nueva Vulgata, promulgada en 1979 en la constitución apostólica *Scripturarum thesaurus* y utilizada por la Iglesia latina en la liturgia y en los documentos oficiales.

La mayoría de las versiones vernáculas, además, se elaboraron a partir del trabajo de San Jerónimo. De modo que la Esposa Mística de Cristo escucha la voz de su Dios desde esta traducción, refuta a los herejes con ella en sus manos y, leyéndola, enseña a sus

hijos. Probablemente sea la Biblia que usted, querido lector, tiene en casa...

¿Una traición?

Por último, la pregunta dolorosa: si el traductor suele ser un traidor, ¿acaso no es posible que la Vulgata traicione al divino Inspirador de los textos sagrados? Si en las Escrituras «la estructura misma de las palabras encierra su misterio»⁸ y «se conoce la verdad de un dogma por razón de una sola sílaba»,⁹ ¿cómo suponer que una traducción justifica todas las interpretaciones que dos mil años de exégesis aún no han podido agotar? ¿No habrá reducido San Jerónimo a la falibilidad humana la infinita grandeza de la Revelación de Dios?

Al contrario, el asceta de Belén le confirió seguridad a la flaqueza humana, concediéndole una versión fiable de las Escrituras, y llevó a todo el orbe, sin salir de su celda, la semilla de la Palabra Sagrada que florecería en homilias, meditaciones y oraciones de tantos hombres y mujeres.

La autoridad indiscutible de la Vulgata proviene de un título de su autor. No el de erudito, exégeta o lingüista, ni el de biblista, traductor o literato, sino el que ya mencionamos antes del nombre de Jerónimo: santo. Sobre todo, le granjeó el respeto de generaciones el hecho de que la Santa Iglesia, siempre asistida por el Espíritu Santo, la haya asumido como algo suyo. La humanidad descansa tranquila en sus páginas sagradas, pues sabe que cualquiera podría traicionar a Dios, excepto un santo... y, menos aún, su propia Esposa Mística. ✠



Reproducción

San Jerónimo, de Carlo Crivelli -
Galería Nacional, Londres

*Denominada
«Vulgata», el texto
de San Jerónimo se
difundió por la tierra
y sobre esta versión
de la Biblia la Iglesia
consolidó su doctrina*

¹ SAN JERÓNIMO. «Prólogo a los libros de Josué y de Jueces». In: *Obras completas*. Madrid: BAC, 2002, t. II, p. 467.

² Compuesta por Orígenes entre los años 228 y 240, se trata de la más importante obra de crítica textual de la Antigüedad cristiana, la cual comparaba en seis columnas paralelas el texto de la Septuaginta con el

texto hebreo y otras versiones griegas del Antiguo Testamento. Jerónimo usó especialmente la quinta columna, que presentaba la *Versión de los Setenta* (cf. HEXAPLA. In: HERIBAN, Jozef. *Dizionario terminologico-concettuale di scienze bibliche e ausiliare*. Roma: LAS, 2005, pp. 473-474).

³ Cf. BERNET, Anne. *Saint Jérôme*. Étampes: Clovis, 2002, p. 345.

⁴ Cf. CARBAJOSA, Ignacio. «Hebraica veritas versus Septuaginta auctoritatem». ¿Existe un texto canónico del Antiguo Testamento? Estella: Verbo Divino, 2021, pp. 43-53.

⁵ Cf. SAN AGUSTÍN. *Confesiones*. L. 3, c. 5, n.º 9.

⁶ Cf. BERZOSA, Alfonso Ropero. «Versiones latinas». In: *Gran diccionario enciclopédico de la Biblia*. 7.ª ed. Barcelona: Clie, 2021, p. 2603.

⁷ DH 1506.

⁸ SAN JERÓNIMO. «Epístola LVII», n.º 5. In: *Obras completas*. Madrid: BAC, 2013, t. X(a), p. 569.

⁹ DH 2711.

El cristal defendido por el león

«Esas invectivas tuyas, lanzadas con la misma boca con la que calumniaste a María, serán para mí motivo de gloria». Así concluye San Jerónimo el primer tratado patrístico dedicado a la Santísima Virgen.

✠ José Manuel Gómez Carayol



El siglo IV fue una época de guerra, y del peor tipo que existe: la que se libra en tiempos de paz. La persecución de los cristianos por parte del paganismo romano había cesado con los edictos imperiales que concedían libertad a la Iglesia. Pero entonces surgió la amenaza de las amenazas, más cruel que el fuego, el hierro o las fieras: una aparente seguridad.

Con ella nació el peligro para los cristianos. Pertenecer a la Iglesia, antaño tan ignominioso, pasó a ser motivo de prestigio. En las huestes de Jesús ya no se alistaban sólo los héroes dispuestos a derramar su sangre por su Señor, sino también los oportunistas que ansiaban ganar algunas de las sucias y engañosas caricias del mundo.

Los del mundo entraron y, con ellos, las ideas del mundo. Un sinfín de nuevas y heterodoxas doctrinas empezaron a fermentar entre los bautizados.

Jerónimo y Helvidio

En esa época fue cuando vivió —luchó, para ser fieles a la verdad histórica— San Jerónimo.

Tras su paso por el desierto de Calcis, en Oriente Próximo, y su ordenación sacerdotal en Antioquía, Eusebio Jerónimo llega a Roma, donde el papa San Dámaso lo nombra su secretario, como hemos visto en el artículo anterior.

Además de las numerosas tareas que ha de desempeñar a petición del romano pontífice, llegan a su cono-

cimiento los escritos de un tal Helvidio, que defendía que la virginidad de Nuestra Señora no era perpetua. Argumentando con frases de la Sagrada Escritura sacadas de contexto, Helvidio afirmaba descaradamente que, después del nacimiento virginal del Hombre-Dios, la Santísima Virgen había tenido otros hijos según la carne.

Ante semejante afrenta, muchos cristianos instaron a San Jerónimo, ya reputado exégeta y paladín contra las herejías, a que destrozara los argumentos de ese perverso escritor.

Silencio lancinante, destrucción explosiva

Pero dicha refutación no fue inmediata. Muchas veces el silencio duele más que las palabras, como lo explicó San Jerónimo con la fuerza de su pluma de acero: «A pesar de, no hace mucho, haberme rogado los hermanos

que respondiese contra un libelo de un tal Helvidio, fui dando largas a hacerlo, no porque resultase difícil convencer de la verdadera doctrina a un hombre palurdo y apenas imbuido en las primeras letras, sino por el hecho de no considerar decoroso responder a alguien que va a ser derrotado».¹

Cuando, finalmente, llegó la réplica, no quedó piedra sobre piedra de

El defensor de la Virgen atacaba no sólo la blasfemia, sino también al blasfemo, pues derribando al obrero, descalificaba toda su obra



San Jerónimo, de Alonso Sánchez Coello - Monasterio de El Escorial

Francisco Lecaros



aquel frágil edificio blasfemo, «para que de una vez por todas aprenda a guardar silencio alguien que jamás aprendió a hablar».²

Así se introducía el escrito sobre *La perpetua virginidad de María*, primer tratado patrístico cuyo tema principal es Nuestra Señora.

El Primogénito fue también Unigénito

En ese tratado tenemos, ante todo, un resumen de las ideas de Helvidio. Preocupado por el futuro, San Jerónimo las dejó guardadas y estigmatizadas para la posteridad.

Como hemos dicho antes, el hereje —como buen hereje que era— se valía de diversos pasajes de la Biblia. En el Evangelio se dice que Cristo Jesús es el primogénito de la Santísima Virgen (cf. Lc 2, 7). Esto sería, en la opinión casi infantil de Helvidio, una clara alusión a otros futuros hijos de María, ya que, de lo contrario el evangelista habría utilizado la palabra *unigénito* —el único hijo— en lugar de *primogénito* —el primero.

Jerónimo³ se lanza al combate con el peso de su inexpugnable erudición de biblista. Todo unigénito es también primogénito, aunque no todo primogénito es unigénito, pues por primogénito nos referimos no sólo al hijo tras el cual nacen otros, sino también al que no tiene predecesor. Así, en la Sagrada Escritura se usa la palabra *primogéni-*

to para referirse tanto al primer hijo como al único, como en el pasaje donde Dios ordena rescatar a los primogénitos varones (cf. Éx 34, 19). ¿Cómo rescatarían a sus primogénitos los padres que aún no sabían si tendrían más hijos? Quizá fuera difícil —podría concluir el Estridoniense con una lógica devastadoramente irónica— conseguir esa certeza en el plazo de treinta y tres o sesenta y seis días que tenían para dicho ofrecimiento...

Los hermanos del Señor

Otro pasaje utilizado por Helvidio para dar peso a su escuálida tesis es aquel en el que le dicen al Señor: «Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte» (Lc 8, 20). He ahí, para el hereje, una nueva mención de los otros hijos de la Madre de Jesús.

«A eso, precisamente, le replicamos que no ande inventándose falacias».⁴ Esta recomendación jeronimiana constituye la introducción y la clave en la que se desarrollaría la refutación. A continuación, el santo explica que el término *hermano* presenta varias acepciones en la Sagrada Escritura. La primera —la única que llegó a Helvidio— es el de hermano por naturaleza. Pero ¿habría dejado el Señor, en el Calvario, a su Madre al cuidado de San Juan (cf. Jn 19, 26) si hubiera tenido otros hermanos?

La segunda forma de emplear la palabra hermano está relacionada con

el linaje. Así, todos los judíos son hermanos porque pertenecen a la misma estirpe común, como podemos verificar en varios pasajes (cf. Dt 15, 12; 17, 14-15; Rom 9, 3), pero esto no significa que todos sean hijos naturales de María Inmaculada.

También se puede ser hermano por afecto. Y en este sentido, todos somos hijos de esta Virgen Madre que engendró al «primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8, 29).

Existe, no obstante, una última interpretación del vocablo hermano. Es la que tiene en cuenta cierto grado de parentesco. Abrahán, por ejemplo, llamaba hermano a Lot, pese a que era su tío (cf. Gén 13, 8). De este modo, esos «hermanos» del Señor podrían ser, de hecho, sus parientes, pero no en el grado que Helvidio maliciosamente pregonaba en contra de las evidencias de tantos otros pasajes bíblicos.

El León de Judá y el de Belén

La invectiva del defensor de la Virgen atacaba no sólo la blasfemia, sino también al blasfemo, pues sabía muy bien que, derribando al obrero, descalificaba toda su obra. Dejémosle la atronadora palabra: «Tú, el más ignorante de los hombres, no habrás leído esto y, viéndote abandonado en el pleno mar de las Escrituras, concentraste toda tu rabia para injuriar a la Virgen, a ejemplo de aquel que, [...] no habiéndose podido dar a conocer a todos por

lo bueno, lo lograría por lo malo».⁵ La ráfaga de rugidos continúa aún con mayor vigor: «Ante blasfemia semejante, ¿quién podrá considerarte famoso y estimarte en dos ases? Has conseguido lo que pretendías: ser ilustre por un crimen».⁶

¿Argumentum ad hominem? Tal vez, pero más que eso: al eliminar la causa de tantos efectos malignos, quedaba estigmatizado para la posteridad el perfil de quienes, blandiendo media página de la Sagrada Escritura, arremetían insolentemente contra otras mil. A partir de San Jerónimo, «Helvidio» podría ser el adjetivo —o el insulto, para ser precisos— para los que levantan su opinión particular, eco de la del mundo en su época, en sentido opuesto a siglos de tradición apostólica. Con toda razón advertía el primer Papa: «Ninguna profecía de las Escrituras puede interpretarse por cuenta propia, pues nunca fue proferida profecía alguna por voluntad humana» (2 Pe 1, 20-21).

El estilo polémico con el que arremete el León de Belén, como llegó a ser conocido San Jerónimo, puede parecer demasiado mordaz para oídos acostumbrados a un lenguaje menos vibrante... A ellos les invitamos a que vean reflejada en la vida de los santos la infinita variedad y riqueza de las virtudes de Cristo. En efecto, no sólo predicaba las bienaventuranzas a las multitudes, también increpaba a los fariseos; no sólo imponía las manos sobre los niños o tocaba a los leprosos para curarlos, también tejía un látigo para expulsar a los cambistas del Templo; era el Cordero de Dios y el León de Judá.

El cristal y su muralla

Finalmente, después de haber refutado todos los falsos argumentos del hereje y hecho una espléndida apología de la virginidad —defendiendo



Nuestra Señora Sede de la Sabiduría -
Colección privada

*El cristal de la
perpetua virginidad de
María fue defendido
por los estertores de
un león, que construyó
una muralla teológica
para defenderlo*

incluso la virginidad de San José⁷—, San Jerónimo concluye el tratado dirigiéndose a Helvidio: «Y como pienso que tú, derrotado por la verdad, vas a comenzar a detractar mi vida y lanzarme maldiciones, [...] te advierto, en prevención de ello, que esas invectivas tuyas, lanzadas con la misma boca con la que calumniaste a María, serán para mí motivo de gloria, pues el siervo del Señor y la Madre de éste son blanco de esa facundia perruna tuya».⁸

Estas últimas palabras del santo polemista dejan entrever el motivo que lo impulsó a escribir tal refutación: su

amor y devoción a la Santísima Virgen, que lo llevaba a considerar un honor ser calumniado por quien calumniaba a la gloriosa Madre de Dios. De hecho, lo que se desprende de todo el tratado, pionero en los mares mariales, es un profundo amor a Nuestra Señora. Tan hondo que combinó incienso con pólvora, pues la indignación brota del corazón abrasado de embeleso y admiración.

En cada párrafo, este cristal maravilloso, a través del cual el Sol de Justicia pudo llegar al mundo ileso sin disminuir en nada la pureza de su pulcritud, ese delicado y sublime cristal es defendido por los estertores de un león. Era el primero en tomar el estandarte de la Virgen y defenderla, rodeando su figura con una inconcusa muralla teológica. Era el primero de muchos, pues tanta luz y tanta castidad herirían otras miradas sucias a lo largo de los siglos, que lanzarían contra el mismo vitral las mismas piedras extraídas de los mismos pasajes bíblicos aislados.

Sin embargo, en cada ataque de los infiernos la muralla crecería, enmarcando magníficamente el purísimo cristal de Dios. ✚

¹ SAN JERÓNIMO. «De perpetua virginitate Beatae Mariæ. “Adversus Helvidium”», n.º 1. In: *Obras completas*. Madrid: BAC, 2009, t. VIII, p. 67.

² *Idem, ibidem*.

³ Cf. *Idem*, n.º 10, pp. 85-89.

⁴ *Idem*, n.º 12, p. 91.

⁵ *Idem*, n.º 16, p. 103.

⁶ *Idem*, n.º 17, p. 105.

⁷ «Tú afirmas que María no permaneció virgen; yo voy mucho más lejos aún alegando incluso el propio José, gracias a María, fue también virgen, resultando así que de un matrimonio virginal naciese un hijo virgen» (*Idem*, n.º 19, p. 109).

⁸ *Idem*, n.º 22, p. 115.



La voz de Dios aún se deja oír

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

§104 En la Sagrada Escritura, la Iglesia encuentra sin cesar su alimento y su fuerza, porque, en ella, no recibe solamente una palabra humana, sino lo que es realmente: la Palabra de Dios. «En los libros sagrados, el Padre que está en el Cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos».

Al leer los santos evangelios y maravillarnos con lo que es narrado en ellos acerca del Hombre-Dios, probablemente haya surgido alguna vez en nuestro interior la siguiente exclamación: «¡Qué gracia inmensa recibieron aquellos que convivieron con el Señor! Qué no daríamos por estar con Él, contemplar su mirada, escuchar sus divinas palabras... Si en esa época hubiera existido el magnetófono, con qué santa avidez habríamos grabado sus discursos, para no olvidarlos jamás».

Pues bien, sabiendo Dios cuán necesario era que toda la humanidad escuchara su voz a lo largo de la historia, «grabó» su palabra en un «dispositivo» que la reproduciría para siempre en el mundo entero: la Sagrada Escritura.

De hecho, cuando abrimos la Biblia y leemos las inspiradas palabras del Espíritu Santo, ocurre algo más que cuando oímos un sonido reproducido en una simple grabadora. No sólo escuchamos lo que Dios dijo en el pasado, sino que su voz resuena en el presente y se actualiza. Es como si Él mismo se comunicara con nosotros estando delante de cada uno. Por eso debemos venerar tanto las Escrituras y leer con verdadero amor las palabras en ellas contenidas. Con el

mismo amor que mostraba a los Apóstoles, ¡Jesús nos habla ahora!

Ni de noche ni de día debe apartarse de nuestra boca la Palabra de Dios y, como pondera San Atanasio,¹ incluso deberíamos saber de memoria algunos pasajes, como los salmos. San Jerónimo,² por su parte, le recomienda a Santa Eustoquia que el sueño la sorprenda con las Escrituras en las manos, y que sobre una página sagrada caiga su cabeza de cansancio.

En efecto, el Señor dijo en el Evangelio: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré» (Mt 11, 28). Y a nosotros también nos repite esta invitación, llamándonos a que descansenos nuestra frente fatigada sobre los libros santos, tal como lo haríamos sobre su sagrado pecho.

Descarguemos en el Salvador nuestras preocupaciones (cf. 1 Pe 5, 7) y escudriñemos con amor la divina Revelación, pues, como señala San Juan Crisóstomo,³ sea cual fuere la desgracia que nos aflija, en la Biblia encontraremos el remedio adecuado, que ahuyenta todo pesar. Entonces, por muy difícil y tenebrosa que sea nuestra situación, podremos afirmar con Santa Teresa del Niño

Jesús: «[Cuando cojo la Sagrada Escritura] todo me parece luminoso, una sola palabra descubre a mi alma horizontes infinitos, la perfección me parece fácil, veo que basta reconocer su propia nada y abandonarse como un niño en los brazos del Buen Dios».⁴ ✠

¹ Cf. SANTO ATANASIO. *De virginitate*, n.º 12: PG 28, 266.

² Cf. SAN JERÓNIMO. *Epistola XXII*, n.º 17.

³ Cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO. *Homilias sobre el Génesis*. Homilía XXIX, n.º 1.

⁴ SANTA TERESA DE LISIEUX. *Carta 226*. Al P. Roulland.

Jesús cura a los enfermos, de Giusto de Menabuoi - Baptisterio de San Juan Bautista, Padua (Italia)





El comienzo de la victoria

tawatchai07 Freepik

Bendito el día en que María nació; benditas las estrellas que la vieron pequeña; bendito el momento en que sus padres constataron el nacimiento de aquella que, permaneciendo siempre virgen, fue llamada a ser la Madre del Salvador.

✠ Plinio Corrêa de Oliveira

¿Por qué se festeja el natalicio de alguien? La razón es muy sencilla: el cumpleaños de una persona representa el momento en que ésta entra en el escenario de la vida.

Cada nacimiento constituye un favor, una gracia de Dios, porque todo hombre —por más que haya sido concebido en pecado original y traiga alguna deficiencia familiar— es una criatura de gran valor y significa un enriquecimiento altamente ponderable para la humanidad en su conjunto.

Así pues, cuando se festeja el aniversario de una persona, se conmemora su entrada en el mundo con todo lo que le es característico en materia de «luz primordial»,¹ de virtudes que debe practicar, de riquezas de alma que posee, e incluso de pecado original, con los defectos que lleva consigo como algo que ha de ser combatido y vencido, lo cual redundará en un aumento de gloria.

Concebida sin pecado y colmada de dones

En estas condiciones, la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen nos lleva a preguntarnos cuál fue el enrique-

cimiento que Ella ha aportado a la humanidad y a qué título especial debe el género humano festejar su cumpleaños.

Poniéndonos en esa perspectiva, nos quedamos sin saber qué decir...

En efecto, Nuestra Señora fue concebida sin pecado original. Siendo un lirio de incomparable hermosura, libre de toda mancha, su nacimiento debería alegrar no solo al género humano, sino también a todos los coros angélicos, pues significa la aparición en este exilio, en medio de la humanidad caída, de una criatura inmaculada.

Además, María Santísima poseía todos los dones naturales que una mu-

jer puede tener. El Señor le dio, según el orden de la naturaleza, una personalidad riquísima, preciosísima, valiosísima y, en ese sentido, su presencia entre los hombres representaba un tesoro de valor verdaderamente incalculable.

Por último, con Ella ganamos los tesoros de las gracias que la acompañaban y que son las mayores gracias concedidas por Dios a alguien, gracias inconmensurables.

«Bendito el día que la vio nacer»

Comprendemos, entonces, que el más fulgurante nacimiento del sol es pálido en comparación con la belleza del ingreso de Nuestra Señora en el mundo. Todos los fenómenos más grandiosos de la naturaleza que representan algo precioso, inestimable, nada son en comparación con eso; la entrada más solemne que se pueda imaginar de un rey o de una reina en sus dominios no es nada en comparación con eso.

El júbilo de todos los ángeles del Cielo, también el de muchos justos que tuvieron conocimiento del hecho y los sentimientos de alegría difundidos aquí y allá en las almas buenas, todo esto debe haber aclamado el momento

El más fulgurante nacimiento del sol, los fenómenos naturales más grandiosos no son nada comparados con la belleza del ingreso de María en el mundo

bendito en que la Santísima Virgen entró en el mundo.

Hay una frase de Job que me gusta mucho parafrasear y que me parece adecuada para expresar esta realidad: «Bendito el día que me vio nacer, benditas las estrellas que me vieron pequeño, bendito el momento en que mi madre dijo: ha nacido un varón» (cf. Job 3, 3).

También se podría decir: «¡Bendito el día que vio nacer a María, benditas las estrellas que brillaron sobre Ella cuando era pequeña, bendito el momento en que sus padres verificaron que había nacido la criatura virginal llamada a ser la Madre del Salvador!».

Irrupciones de Nuestra Señora en las almas...

La Natividad de la Virgen nos inspira también otro pensamiento.

El mundo estaba postrado en el paganismo. La situación en aquellos tiempos era parecida a la de hoy: todos los vicios imperaban, la idolatría dominaba la tierra, la abominación había penetrado en la propia religión judía, que era la precursora de la religión católica; el mal y el demonio vencían por completo.

Pero, en el momento decretado por Dios en su misericordia, ¡todo cambió! Él derribó la muralla, comenzó la ruina del «orden» del demonio cuando menos se lo podía imaginar. Nació María, la raíz bendita de la cual brotaría el Salvador de la humanidad.

¡Cuántas veces no ocurre algo similar en nuestra vida espiritual! Hay ocasiones en las que nuestra alma está en lucha, cargada de problemas, retorciendo y revolviendo dificultades. Ni siquiera tenemos idea de cuándo llegará el bendito día en que una gracia extraordinaria, un gran favor, pondrá fin a nuestros tormentos, proporcionándonos un amplio progreso.

De repente, hay un nacimiento en un sentido especial de la palabra: irrupciones de Nuestra Señora en nuestra alma. En la noche de las mayo-

res tinieblas, aparece y comienza a disipar las dificultades a las que nos enfrentábamos y, cual aurora en nuestra vida espiritual, hace surgir algo nuevo, que ni sospechábamos.

... y en el mundo

Hay otro aspecto también. Nuestra Señora parece ausente del mundo actual. Pero si consideramos que, de un momento a otro, puede empezar a actuar, hacer su actividad más constante, más continua, más intensa de lo que ha sido hasta ahora, con vistas a la instauración de su Reino, es probable que ocurran prodigios extraordinarios que

nos hagan sentir su presencia. Se producirá, entonces, una irrupción más de Nuestra Señora en el mundo.

Y esta irrupción puede hacerse a través de nuestro movimiento, con todo cuanto humanamente tiene de pobre y débil, pero que —como David frente a Goliath— por la fe, por la dedicación y por el uso de las tácticas de la RCR² debe derribar y aplastar al gigante de la Revolución. Una acción así sería una irrupción de Nuestra Señora en la historia, una manifestación de su deseo de vencer. Las murallas que hemos derribado, las gracias de las cuales, aunque indignos, hemos sido canales, ¿no representan también la manifestación de la voluntad del Inmaculado Corazón de María de implantar su Reino a través de nuestra actuación?

Esto debe darnos mucha alegría y mucha esperanza, con la certeza de que la Santísima Virgen nunca nos abandona. En las ocasiones más difíciles, Ella nos visita, su presencia como que irrumpe entre nosotros, resuelve todos nuestros problemas, cura nuestros dolores, nos da la combatividad y el coraje necesarios para cumplir con nuestro deber hasta el final, por arduo

Al igual que en los tiempos de su nacimiento, la Virgen irrumpirá en la historia una segunda vez e implantará su Reino en la tierra



David Ayuso

María Auxiliadora - Colección privada

que sea, y arma nuestro brazo en la lucha contra el adversario.

«Sus hijos la proclamaron bienaventurada»

Hay elementos históricos para decir que todas las grandes almas que lucharon contra los herejes, los grandes martillos de las herejías que surgieron a lo largo de los siglos, han sido elegidos personalmente por Ella.

La suscitación de esas almas recuerda algo muy hermoso consignado en el escudo de los padres del Inmaculado Corazón de María. En la parte superior está San Miguel Arcángel y justo debajo, el Corazón de Nuestra Señora, rodeado por estas palabras: «Sus hijos se levantaron y la proclamaron bienaventurada».

Esta presencia de guerreros que, como soldados de San Miguel Arcángel, se levantan armados para combatir al adversario, proclamando bienaventurado al Corazón de María, ¿no es también una irrupción de Nuestra Señora en la historia?

Debemos pedir que seamos estos guerreros de hierro, indomables, de un odio implacable al demonio y sus secuaces, a la Revolución y sus obras, destinados a las mayores gestas, deseosos de consumir los golpes más audaces. De ese odio a la Revolución deben estar llenos los corazones de quienes aman realmente a la Virgen.

Pidamos a María esta gracia especial: que seamos una irrupción de Ella en el mundo de hoy, armados de pies a cabeza con espíritu de lucha, con

Debemos pedirle a Ella la gracia de ser una irrupción suya en el mundo de hoy, armados con espíritu de lucha para la gloria de la Iglesia

implacable hostilidad a la Revolución, para restablecer definitivamente la gloria de la Iglesia, tan conspurcada en este momento.

De tal manera que, cuando muramos, se pueda colocar en la tumba de cada uno de nosotros: «Éste fue un hijo de María, que se levantó y la proclamó bienaventurada en una época de apostasía, de humillación y de decadencia de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana».

Desde su nacimiento, influyendo en el destino de la humanidad

Alguien dirá: «Pero, un bebé, que no tiene uso de la palabra ni de razón, ¿qué puede aportar a la sociedad?».

Esta objeción no se aplica a Nuestra Señora. Concebida sin pecado original y dotada del uso de razón desde el primer instante de su ser, ya en el vientre materno tenía pensamientos elevadísimos y muy sublimes, viviendo en el seno de Santa Ana como en un verdadero tabernáculo.

De esto tenemos una confirmación indirecta por lo que se narra en el Evangelio sobre San Juan Bautista. Si el Precursor —que no estuvo exento de la culpa original, pero liberado de ella antes de nacer—, al oír la voz de María saludando a Santa Isabel saltó de gozo en el seno materno (cf. Lc 1, 41), ¿no podría la Madre del Redentor, ya en su infancia, haber tenido conocimiento de lo que estaba sucediendo?

Debido a la altísima ciencia que le fue concedida por la gracia de Dios, desde el claustro materno, Nuestra Señora pedía la venida del Mesías y la derrota del pecado. Desde ahí se formó en su espíritu el elevadísimo propósito de convertirse en sierva de la Madre del Salvador. De esta manera, María Santísima influía en el destino de la humanidad. Su presencia en la tierra ya era una fuente de gracia para todos los que se acercaban a Ella en su infancia e incluso antes de nacer.

El Evangelio nos dice que de la túnica del Señor salía una virtud capaz

Mário Shinoda



El Dr. Plinio en mayo de 1991

de curar (cf. Lc 8, 43-48). Si era así, también su Madre, el Vaso de elección, debería ser fuente de gracias que brotaba para todos.

Aunque fuera sólo una niña pequeña, ya en su natividad gracias enormes comenzaron a rayar para la humanidad. Su nacimiento supuso el aplastamiento del demonio, que percibió que algo en su cetro se había roto y que jamás sería reparado. La victoria de la Contra-Revolución empezaba a afirmarse.

Cual «aurora» de la luna

Para concluir, recordemos la víspera de Navidad. Desde hace siglos, esta fiesta se repite, y siempre tenemos la sensación de que una bendición desciende del Cielo sobre la tierra y que, de alguna manera, las energías espirituales de todos se renuevan. Hay una verdadera aurora, y por eso, la Nochebuena es única en el año.

Ahora bien, como todo lo que se refiere a la Santísima Virgen tiene una íntima conexión con lo que concierne a Nuestro Señor, debemos imaginar que algo parecido ocurre en la Natividad de María.

¿Qué similitud hay entre estas dos navidades?

Cuando hablamos de la Navidad de Jesús, nos acordamos del nacimiento del sol. ¡Y qué hermoso es ver la luz que nace!

Si el Señor es simbolizado por el sol, a Nuestra Señora se la suele comparar con la luna. El «nacimiento» de la luna no tiene la gloria del nacimiento del sol, pero ¡cuánta analogía encierra! ¡Qué beneficioso es, qué alegre, qué estimulante, qué reconfortante! Esto podría darnos una idea de lo que fue el bendito nacimiento de la Santísima Virgen.

Siendo hijos de María —no por nuestros méritos, sino por su voluntad—, al celebrar su nacimiento podemos pedirle una gracia especial.

En revelaciones privadas hechas a muchos santos, se dice que Nuestra Señora desciende con frecuencia al Purgatorio, consuela a las almas que



«La Natividad de María», de Giotto di Bondone - Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia)

El «nacer» de la luna es en algo análogo al del sol: ¡Qué alegre, qué beneficioso, qué consolador! Nos da idea de lo que fue el natalicio de la Virgen

allí se encuentran y lleva a un gran número de ellas al Cielo.

Este hecho nos da una idea de lo que Ella hace en la Iglesia militante. Su gracia baja sobre nosotros y nos obtiene una serie de favores. Y su natividad es un momento propicio para pedirle que nos conceda uno de esos favores. ¿Qué debemos pedir?

Que cada uno se recoja un poco, se concentre y pida lo que necesita. Pero sugiero que esté presente, de un modo especial, esta gracia: que la Santísima

Virgen establezca con cada uno de nosotros una alianza singular, un vínculo de filiación propio en nuestra relación con Ella, de manera que nos tome bajo su amparo de una forma muy particular. Y que, por tal motivo, nos cure de la llaga de alma que Ella considere que nos debe sanar.

A veces no es exactamente lo que imaginamos, sino otra cosa. Lo que sea más necesario para curar nuestra alma, que nos lo conceda esta noche de su natividad. ✚

Extraído, con adaptaciones al lenguaje escrito de:
Conferencia. São Paulo, 8/9/1963.

¹ Expresión acuñada por el Dr. Plinio para designar el aspecto específico de Dios que cada alma está especialmente llamada a reflejar y contemplar.

² Referencia al libro *Revolución y Contra-Revolución*, en el que el Dr. Plinio consignó las líneas maestras de su pensamiento y acción.



Confiscado por el Señor

Una mirada bastó para hacer del recaudador de impuestos un auténtico «don de Dios»: Leví, el experto contable de los bienes terrenales, daría paso a Mateo, el apóstol y evangelista del divino Maestro.



Hna. María Cecilia Lins Brandão Veas ↗

Lo propio de los cimientos es sostener el edificio sin que, no obstante, se repare en ellos o siquiera sean vistos: permanecen ocultos, pero son imprescindibles.

Ahora bien, los cimientos de la Santa Iglesia son los doce Apóstoles (cf. Ap 21, 14), cuya excepcional virtud ha movido la devoción de los católicos a lo largo de todos los tiempos. Sin embargo, si la magnitud de un edificio se mide por sus estructuras, ¿cómo no vislumbrar en los Apóstoles una grandeza insospechada? El Sagrado Corazón de Jesús posó en ellos su mirada de predilección, los llamó a una convivencia íntima (cf. Lc 6, 12-16; Mc 3, 13-19), oró por ellos al Padre (cf. Jn 17, 9), los instruyó y formó, y sobre ellos se complació en erigir su inmortal y santa Iglesia (cf. Mt 16, 18-19).

Se puede afirmar que la estatura moral de los Apóstoles sigue siendo ignorada en la historia. En un intento por penetrar en las brumas que la envuelven, consideremos de entre este grupo de privilegiados a un varón singular, conocido por el vulgo tan sólo como uno de los evangelistas: San Mateo.

¿Quién era Mateo?

Cafarnaúm, ciudad fronteriza de Galilea, era un puerto muy concurrido

por la constante afluencia de personas y mercancías procedentes del norte y del sur, del este y del oeste. Muchos recaudadores de impuestos se instalaban allí para cobrar los tributos exigidos por el Imperio romano. Se les llamaba *publicanos*, ya que se ocupaban de asuntos públicos, profesión que en aquellos tiempos rara vez se ejercía sin incurrir en pecado...

Como exactor de tasas, el publicano debía pagar al gobierno la suma estipulada y quedarse con el excedente, siendo comunes las extorsiones deshonestas para beneficio propio. La recaudación de impuestos, por tanto, constituía «un comercio sin rubor, una rapiña con capa de legalidad»,¹ razón por la cual sus agentes eran especialmente despreciados, odiados por el pueblo y considerados como ladrones criminales.

En esta categoría de hombres se encontraba Mateo, denominado respetuosamente por San Lucas (cf. Lc 5, 27) y San Marcos (cf. Mc 2, 14) sólo como Leví. Originario de Galilea, se sabe poco sobre su ascendencia, salvo que era hijo de Alfeo. Todo indica que tenía arrendados los derechos tanto de portazgo de quienes cruzaban el lago de Genesaret como de las mercancías que llegaban allí. Quizá por eso el Evangelio en hebreo, al referirse a él, emplea la

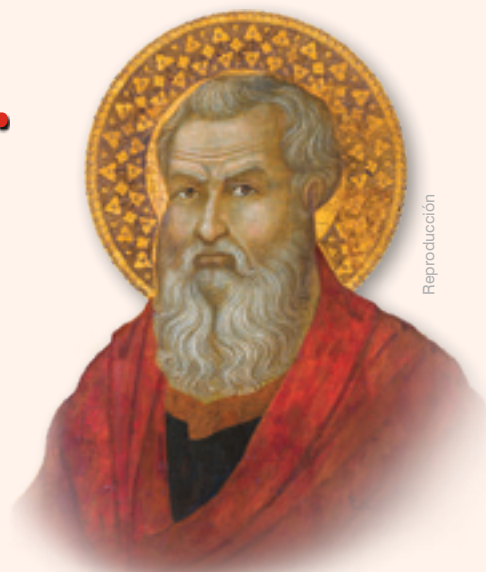
expresión *dueño del paso* en lugar de la palabra *publicano*.²

Leví estaba entonces en plena tarea cuando un acontecimiento cambiaría el rumbo de su vida.

Momento decisivo en un intercambio de miradas

Después de curar a un paralítico en una de las casas de Cafarnaúm, Jesús se dirigió a las afueras de la ciudad, junto a la orilla del mar de Galilea. Mientras predicaba a la multitud que lo acompañaba, «vio a Leví, el de Alfeo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dice: “Sígueme”» (Mc 2, 14).

¡Jesús lo vio! ¿Qué mirada le habrá dirigido el Hombre-Dios a aquel publicano, al que casi nadie se dignaba mirar? Una mirada verdaderamente divina, penetrante, profunda, arrebatadora, repleta de amor, bienquerencia, compasión. Una mirada restauradora, cuyo lenguaje mudo expresaba más que la elocuencia de muchos discursos persuasivos. De hecho, lo que Leví entendió en un intercambio de miradas, al joven rico hubo que explicárselo con un consejo pormenorizado: «Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes, da el dinero a los pobres —así tendrás un tesoro en el Cielo— y luego ven y sígueme» (Mt 19, 21).



Reproducción

A Leví le bastó una sola palabra: ¡Sígueme! Y, «dejándolo todo, se levantó y lo siguió» (Lc 5, 28). ¿Con qué inflexión de voz habría pronunciado Jesús ese imperioso llamamiento? ¿Qué habría pasado en el interior de ese nuevo discípulo para renunciar a todo?

A los espíritus naturalistas les cuesta comprender la rapidez de una decisión a primera vista irreflexiva e inmadura. Ahora bien, Leví había sido preparado por la Providencia desde su infancia. Y como no había encontrado una causa a la que pudiera dedicarse por completo, «echó mano a la recaudación de impuestos, sin importarle el desprecio del que sería objeto por parte de la sociedad».³

Con el bullicio de la gente por los prodigios realizados por Jesús en Galilea, la esperanza de Leví se había encendido, y todo lleva a creer que se había incorporado al número de los que escuchaban las predicaciones del Maestro. «Si de la piedra imán y del ámbar se dice que tienen tal fuerza que unen

consigo anillos, pajas y hierbas, ¡cuánto más podía el Señor de todas las criaturas atraer hacia sí a los que quería!».⁴

Generosidad, presteza y valentía

Tal era la fuerza irresistible que emanaba del Maestro que Leví, antes dispuesto a amasar riquezas obteniendo ganancias ilegítimas, sacrificó al instante todos sus ambiciosos planes y renunció a su fortuna. No se tomó la molestia de deshacerse de sus bienes, no se propuso subastar sus tierras e inmuebles, ni siquiera concluyó su contabilidad en el telonio, sin importarle los posibles pleitos que los oficiales romanos pudieran iniciar contra él...⁵ ¡La gracia lo había arrebatado!

Experto en calcular los valores terrenales, no se arriesgó a perder el inestimable don de la gracia que se le ofrecía, no dudó entre Dios y el mundo. En este hecho podemos entrever la nobleza de carácter del apóstol, el heroísmo que lo llevó a abandonar la estabilidad de la vida y una enorme riqueza para seguir al Maestro hacia

lo desconocido. Se trataba de un alma magnánima, un «modelo de varón serio, altanero, intrépido, valiente».⁶

Muchos Santos Padres aprecian la generosidad con que Leví se entregó al Señor y destacan su loable prontitud, el valor con que enfrentó los obstáculos y oposiciones, sometiendo incluso sus pasiones, así como su constancia en el seguimiento de Jesús, que lo llevó a perseverar en sus primeras resoluciones hasta el final de sus días.

Aun habiendo renunciado a todo, organizó una fiesta para el Señor, como muestra de su gratitud.

Un banquete para el Maestro

«Leví ofreció en su honor un gran banquete en su casa» (Lc 5, 29).

Las grandes celebraciones de la época se hacían en torno a la mesa. En la parábola evangélica, el padre ofrece un banquete al hijo pródigo que regresa (cf. Lc 15, 23); aquí, Leví, hecho hijo de Dios, da un banquete a aquel que lo ha salvado del pecado y de la muerte; si grande se reveló la alegría de aquel

¿Qué mirada le habrá dirigido el Hombre-Dios a aquel publicano?

Tal era la fuerza irresistible emanada del Maestro que Leví, antes dispuesto a amasar riquezas obteniendo ganancias ilegítimas, sacrificó en un instante todos sus planes ambiciosos

«La vocación de San Mateo», de Giusto de Menabuoi - Catedral de Padua (Italia).
En la página anterior, pintura del apóstol de Ugolino di Nerio - Museo Metropolitano de Arte, Nueva York



padre, mucho mayor fue la felicidad de Jesús al constatar la generosidad de su nuevo discípulo. Sin duda, de todos los exquisitos platos, ninguno le satisfizo tanto como la buena disposición de Leví. Ambos corazones ya latían al unísono.

¿Qué intensa convivencia habrá tenido lugar en ese banquete? ¿Qué vínculos se habrán creado? Inmortales resonancias entre Creador y criatura, entre Maestro y discípulo, que resuenan a lo largo de los siglos en la sencillez del Evangelio: «Jesús estaba a la mesa en la casa de Mateo» (Mt 9, 10)...

Mateo significa *don de Dios*, y quizá éste sea el nombre representativo que le dio el Señor para marcar su nueva vida. De hecho, ya no era el mismo y, como presagio de su futura labor apostólica, convidó a sus amigos al banquete, entre otros motivos para hacerlos también partícipes de la compañía de Jesús.

«Me despojé del publicano y me revestí de Cristo»

Ahora bien, al ver al Maestro y a los suyos comiendo a la mesa con pecadores y publicanos, los fariseos y discípulos de Juan el Bautista se indignaron (cf. Mt 9, 11.14). Aferrados a criterios antiguos, se habían vuelto incapaces de comprender que el Salvador condescendiera en buscar a las ovejas perdidas, y que debía ejercer su oficio incluso en la intimidad de un banquete. Ése fue el preludio para que Jesús pronunciara la razón de su misión en la tierra: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. [...] No he venido a llamar a justos sino a pecadores» (Mt 9, 12-13).

Y, para atestiguar que Mateo ya había comenzado la nueva vida de gracia que Él ofrecía al mundo, Nuestro Señor les aclara a aquellos corazones maliciosos: «A vino nuevo, odres nuevos» (Lc 5, 38).



Con la precisión y sencillez que le eran propias, Mateo compiló las principales de entre las infinitas grandezas de Jesús, dejándonos el primer Evangelio

San Mateo escribe su evangelio,
«Grandes horas de Ana de Bretaña» -
Biblioteca Nacional de Francia, París

Como hombre renovado, Mateo acogió en su casa a Jesús, el Nuevo Adán. En este sentido, San Ambrosio⁷ describe piadosamente las disposiciones del converso en ese momento, que podrían resumirse así: «Mirad, ya no soy publicano; ya no llevo en mi interior la figura de Leví. Me he despojado de él y me he revestido de Cristo; huyo de mi vida antigua. Oídme, hombres, que tenéis vuestra mente oprimida por el pecado. Yo también estaba herido con semejantes pasiones y encontré un Médico, que vive en el Cielo y derrama su medicina sobre la tierra. Solo Él ha podido curar mis heridas».

Así fue como el Maestro confiscó a uno más de los que lo seguirían. Y como sólo permanecería unos años

en este mundo, nada más comenzar su vida pública quiso asociar directamente a algunos a su misión salvadora. Entre estos predilectos se encontraba San Mateo.

Entre los elegidos del Señor

Con la solemnidad propia de las obras de Dios, Jesús se retiró a lo alto de un monte, donde pasó la noche en oración. Al amanecer, llamó a los que quiso y escogió a doce de entre sus discípulos para que se quedaran en su compañía, a los que llamó Apóstoles (cf. Mc 3, 13-15; Lc 6, 12-13). Les confirió autoridad para expulsar demonios y curar toda enfermedad o dolencia; luego los instruyó sobre su futuro ministerio (cf. Mt 10).

Radical por naturaleza y convicción, Mateo probablemente se había destacado por su idealismo y generosidad, lo cual le granjeó una vez más el beneplácito de Jesús, que lo eligió como uno de sus más cercanos. ¡Gozaba de la amistad del Señor!

Sin embargo, el silencio y la discreción de este santo revelan una peculiar modestia, propia de quien sabía ocultarse y humillarse, como se puede comprobar en el Evangelio escrito por él cuando añade el sobrenombre de «publicano» (10, 3) a la lista de los doce Apóstoles. Reconocía su antigua condición y se sabía objeto de la misericordia del Señor.

¿Qué relación tenía con el Maestro? ¿Cuál era su función entre los demás Apóstoles? Nunca volvió a su anterior oficio; entonces, ¿qué hacía, por ejemplo, mientras los otros pescaban? Misterios y conjeturas se conjugan, como ocurre con todos los Apóstoles. Desafortunadamente, la historia no ha registrado hechos más detallados sobre ellos. No obstante, es cierto que, como miembro del Colegio Apostólico, Mateo presenció las más variadas escenas en su convivencia con el Sal-

vador; pudo contemplarlo en medio de multitudes realizando todo tipo de milagros, en las horas de soledad, en las situaciones de intimidad, en el momento culminante de la manifestación de su amor divino, la última cena.

Y aunque de este apóstol ninguna palabra ha pasado a la historia, a él le cupo el honor de ser el primero en inmortalizar las acciones e instrucciones del Salvador mediante la redacción del Evangelio.

Del cálculo numérico a la recopilación de las acciones del Redentor

Cuenta la tradición que, tras la ascensión del Señor, Mateo predicó junto con los demás Apóstoles en las provincias de Judea y alrededores. Antes de dispersarse por el mundo, muchos judíos conversos y otros Apóstoles le rogaron al santo que registrara la historia de Jesús. Así lo hizo. Recogió las principales de entre las infinitas grandezas del Señor y las compiló con su sencillez y precisión que le eran propias. ¡Ésta sí que fue una recaudación sin precedentes de auténticas riquezas!

Cumplida esta misión, partió a evangelizar nuevas tierras, y el último lugar del que se sabe que estuvo es Etiopía, una de las regiones más difíciles e inaccesibles de la época. Tras una existencia llena de sacrificios y penitencias, sumados a crueles persecuciones, sonó para él la hora de la eternidad. Bajo las

órdenes del pérfido emperador Hirtaco, fue asesinado en el mismo altar en el que acababa de celebrar la santa misa. Se consumaba de este modo el llamamiento del Maestro: «¡Sígueme!». Mateo lo siguió en el dolor y la inmolación completa, y lo seguiría en la gloria, donde aquella mirada divina que lo había confiscado jamás le sería arrebatada.

Dejó así un rastro luminoso de generosidad, amor sacrificado y radicalidad para los hombres de todas los

siglos. Se mostró grande en su entrega y en sus obras porque fue amado y ampliamente perdonado. Fiel a su primera llamada, se mantuvo constante en el seguimiento de Jesús y mereció la corona de gloria.

Columnas y cimientos

San Mateo es, junto con los demás Apóstoles, un lucero del mundo, un patriarca de la humanidad en el orden espiritual y eterno. Estas prerrogativas intransferibles lo convierten en una figura excepcional.

Ahora bien, los cimientos por sí solos no hacen un edificio. En Cristo mismo es donde también hemos sido elegidos como piedras vivas de la Iglesia; en Él «todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor» (Ef 2, 21).

Cuando, finalmente, la edificación de la Iglesia esté concluida, habrá llegado el momento de la unión definitiva de Nuestro Señor Jesucristo con ella. Entonces se dirá: «¡La Esposa está preparada!» (Ap 19, 7). Sobre los cimientos se habrán erigido las murallas, solidificado las columnas, terminado el edificio. Y un cántico resonará por toda la eternidad: «Venid, “contad sus torres” (Sal 47, 13), contempladla en su esplendor, en su perfecta estatura. “¡Bienaventurados los invitados al banquete de bodas del Cordero!” (Ap 19, 9)». ✠



Francisco Lecaros

Martirizado en el mismo altar donde acababa de celebrar la santa misa, Mateo consumaba así el llamamiento del Maestro: «Sígueme»

«El martirio de San Mateo» - Museo Agustino, Friburgo de Brisgovia (Alemania)

¹ SAN JUAN CRISÓSTOMO. *Homilias sobre el Evangelio de San Mateo*. Homilía XXX, n.º 1. Madrid: BAC, 1955, t. 1, p. 596.

² Cf. MAISTRE, Étienne. *Histoires scientifiques et édifiantes de chacun des grands et bienheureux Apôtres S. Philip-*

pe, S. Barthélemy, S. Matthieu, S. Thomas, S. Jacques-le-Mineur. Paris: F. Wattelier, 1870, p. 155.

³ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. «“Sígueme”, un llamamiento para todos». In: *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano-Lima: LEV;

Heraldos del Evangelio, 2013, t. II, p. 135.

⁴ SAN JERÓNIMO. «Comentario a Mateo». L. I, c. 9, n.º 20. In: *Obras completas*. Madrid: BAC, 2002, t. II, p. 95.

⁵ Cf. MAISTRE, *op. cit.*, p. 158.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Sério, altaneiro e intrépido». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XVII. N.º 198 (set., 2014), p. 2.

⁷ Cf. SAN AMBROSIO. «Tratado sobre el Evangelio de San Lucas». L. V, n.º 27. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1966, t. I, pp. 243-244.



Bajo la protección de una madre

En los cimientos de la perseverancia y de la misión desempeñada por el Dr. Plinio a lo largo de su existencia estuvieron el sacrificio y la oración de su madre, Dña. Lucilia.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Imaginemos que pudiéramos subir una montaña escarpada hasta la cima y encontrásemos ahí un nido enorme con un polluelo de águila. Escondidos detrás de una roca, pronto veríamos llegar un águila que vuelve de cazar y se posa sobre el nido; en sus garras lleva una presa para alimentar al aguilucho, que, al no estar todavía adiestrado para volar, no se mueve de allí, pues caería precipicio abajo.

Sin embargo, en cierto momento, las alas del aguilucho comienzan a desarrollarse. ¿Qué hace el águila? ¿Cómo entrena a su cría? Primero la coloca sobre su dorso, bien sujeta a las plumas, para que vaya adquiriendo el gusto por el viento; más tarde, la coge con sus propias garras, la eleva medio metro por encima del nido y la suelta.

Al verse sola en el aire, la cría, asustada, aletea torpemente, se esfuerza y cae en el nido. Y así varias veces hasta que, por instinto, la madre se da cuenta de que ya no es dependiente. Entonces, la lleva a un lugar distante y... la suelta. Cuando finalmente el aguilucho levanta su primer vuelo, planeando en lo alto, la madre águila, si pudiera pensar, diría: «Misión cumplida: ¡otro águila más en los cielos!».

«¿Serás tú quien tengo en lo más profundo de mi alma?»

Eso fue lo que hizo Dña. Lucilia con el Dr. Plinio: llamada a proteger, desarrollar e incluso enriquecer su inocencia, conduciéndolo a la plenitud como un águila a su aguilucho, lo fue amparando, educando, estimulando y ayudando, hasta percatarse de que ya era completamente dueño de sus actos. Sólo entonces se tranquilizó en cuanto a la formación, pero no en cuanto a la vigilancia, porque aún siguió atenta: «¿Qué rumbo está tomando? ¿Hacia dónde se dirige?».

Manifestaba su exigencia no solamente a través de sus regañinas, sino también por medio del trato que le dispensaba a Plinio; más tarde éste lo defi-

niría como «un cariño contemplativo», cargado del siguiente pensamiento:

«Éste es mi hijo. Tengo motivos para esperar que llegue a ser de tal manera, de tal otra... Jugaré con él envolviéndolo en mi afecto, protegiéndolo y buscando en él los síntomas precursores de mi esperanza. ¿Hasta qué punto se cumplirá?». Y me sentía estimulado por una indagación esperanzada, como quien pregunta con afección: «Hijo mío, ¿serás tú quien tengo en lo más profundo de mi alma?».

En otra ocasión recordaría el Dr. Plinio: «Todo lo que ella exigía de mí era porque la ley de Dios lo exigía, y porque el Dios altísimo, sapientísimo y buenísimo quería que las cosas se hiciesen de ese modo. Ella quería que yo fuese como debía ser, no para que fuera un hijo manejable y utilizable por ella, sino con la idea de tener un hijo que hiciera un holocausto a Dios, como a Dios se le debe hacer».

Prefería verlo muerto a descarriado

Aunque ni Dña. Lucilia ni el Dr. Plinio nunca le hubieran dicho esto al autor de estas líneas, se percibe en su vigilancia no sólo la esperanza de que su hijo fuese eximio, sino también el recelo de que su hijo, con su inteligencia, sus aptitudes y su brillantez, en un momento dado, se sintiera atraído por una carrera o por la vida mundana y se desviara de la virtud.

Alma recta e inocente, Dña. Lucilia era plenamente consciente del daño

Llamada a proteger la inocencia de su hijo, llevándolo a la plenitud como un águila a su polluelo, Dña. Lucilia lo iba ayudando hasta que fue completamente dueño de sus propios actos

Águila americana con su polluelo



causado por el pecado original en la humanidad y sufría mucho al constatar cualquier falta de fidelidad. Era el choque interno de la vida, pero también lo que oía contar a propósito de casos ocurridos en la sociedad. Por eso temía que alguien llegara a ejercer una pésima influencia sobre el niño y trataba de proteger al máximo su inocencia. Debía rezar mucho por él, pidiendo al Sagrado Corazón de Jesús que lo librase del camino del mal. Estas palabras del Dr. Plinio lo atestiguan:

«Había sido una madre abnegadísima con mi salud; sin embargo, varias veces, cuando yo era jovencito, en la época en que se forma el carácter, me decía con mucha dulzura: “Preferiría verte muerto a verte descarriado”. Es como decir: “Los tiempos son malos, tú eres muy joven; nadie sabe de lo que es capaz una persona cuando se pierde”. [...] ¡Ella daría su vida para que yo no me muriese! Pero prefería mi muerte a verme en una situación de pecado mortal o de ruptura con la Iglesia».

Impetrando gracias por la perseverancia de su hijo

¡Cuánta fortaleza había sido acrecentada a los cimientos de su fidelidad y su perseverancia a causa de las oraciones de Dña. Lucilia! Un hecho, que se repitió con frecuencia durante la adolescencia de Plinio, nos permite afirmarlo con seguridad: siempre que ella entraba en el santuario del Sagrado Corazón de Jesús, cerca de su casa, iba a rezar ante las imágenes de un hermoso conjunto escultórico que representa al Niño Jesús en el Templo discutiendo entre los doctores, con la Santísima Virgen y San José a su lado. ¿Qué es lo que allí pedía?

Doña Lucilia nunca le explicó por qué se quedaba tanto tiempo junto a esas imágenes; pero, por su discernimiento de los espíritus, al mirar en lo hondo del alma de su madre, Plinio comprendía que rezaba por él. De hecho, en casa, Dña. Lucilia asistía a las discusiones que tenía, ya de niño, con sus primos y tíos sobre temas de religión, y pedía



Lucio César Rodrigues

Ella pedía especiales gracias y dones del Espíritu Santo para su hijo, con el objetivo de que adquiriese el espíritu de polémica y la sabiduría de Nuestro Señor para ganar en todas las disputas que libraba por Él

Encuentro del Niño Jesús con los doctores de la ley -
Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, São Paulo (Brasil)

especiales gracias y dones del Espíritu Santo para su hijo, con el objetivo de que adquiriese el espíritu de polémica y la sabiduría de Nuestro Señor para ganar en todas las disputas, ya fuese con la familia o con otros adversarios.

Y lo que ella, como madre, pidió, ¡lo consiguió! En determinado momento, por esas oraciones tan intensas de Dña. Lucilia, debió recibir una infusión de gracias operantes que le dieron la participación en el espíritu de combatividad del divino Redentor, de modo a convertirlo en una persona extremadamente recta, un luchador inquebrantable contra el mal, un pagador incansable del bien.

Como aceite perfumado y suavizante

Es inimaginable cuánto rezaba Dña. Lucilia por el Dr. Plinio... Siempre con mucha suavidad y respeto. Años más tarde, ya adulto, varias veces la veía entrar en su habitación y acercarse a él, cuando estaba listo para dormirse. En medio del torpor del sueño que lo invadía notaba que ella esta-

ba rezando, pidiendo a Nuestra Señora amparo y ayuda para él. Pasadas varias décadas, el Dr. Plinio todavía recordaba el final de esa convivencia diaria:

«Cuando ya me estaba durmiendo ella me despertaba con sus agrados y me hacía la señal de la cruz en la frente, antes de retirarse a dormir. Yo percibía algo de su elevada clave de espíritu que fluía sobre mí como un aceite perfumado y suavizante, que me ungía y me hacía bien, penetrando en mí como el aceite penetra en el papel».

Después de eso, alguna que otra vez, ella misma apagaba la luz de la mesilla de noche, salía de la habitación y él adormecía con el recuerdo de su fisonomía. ✠

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de:

CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio.
El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de

Plinio Corrêa de Oliveira.

Città del Vaticano-Lima:
LEV; Heraldos del Evangelio,
2016, t. I, pp. 146-152.

Conociendo el Secreto de María

Las maravillas de la gracia con las que el Señor ha adornado a su Santísima Madre han sido objeto de continuas explicitudes a lo largo de la historia. Y estos secretos mariales fueron el tema del 20.º Congreso Internacional de Cooperadores de los Heraldos del Evangelio, realizado en dos

tandas en Caieiras (Brasil), del 18 al 27 de julio, en la casa de la institución.

Adoración eucarística, rosario procesional, charlas, círculos de estudio y la celebración de la santa misa marcaron las jornadas de una bendita convivencia.



Fotos: David Ayusso / Stephen Nami / Leandro Souza



Cien años de la diócesis de Bragança Paulista

La diócesis de Bragança Paulista, que acoge las principales casas de los Heraldos del Evangelio, ha celebrado su centenario. Las conmemoraciones, preparadas con esmero por su obispo, Mons. Sergio Aparecido Colombo (foto 12), comenzaron el 24 de julio con una misa solemne

en la catedral de Nuestra Señora de la Concepción (fotos 1 a 3). El día 27, el programa se desarrolló en el Parque de Exposiciones Dr. Fernando Costa, con diversas actuaciones musicales, adoración eucarística (fotos 4 a 6), feria de vocaciones (fotos 10 a 11) y misa de clausura (fotos 7 a 9).





Fotos: Alain Patrick



Fotos: Rogerio Baldasso

Italia – La fiesta de la Virgen María del Monte Carmelo se celebró en la iglesia de la Madonna del Carmine, de Venecia, con una procesión y una misa presidida por Mons. Francesco Moraglia, patriarca metropolitano (foto 1). El 11 de julio, la iglesia de San Benedetto in Piscinula, de Roma, rindió homenaje a su santo patrón con una solemne eucaristía, seguida de la bendición de medallas del gran patriarca de Occidente (fotos 2 y 3).

Fotos: Antoine Bolder



Países Bajos – El 5 de julio los Heraldos del Evangelio animaron la misa celebrada en la iglesia de San Lamberto, de Eindhoven, por el cardenal Willem Ejik, arzobispo de Utrecht, que coronó a la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María. Tras la eucaristía, se rezó el rosario en varios idiomas, transmitido por Radio María a más de ochenta países.

Ambrosio Ngulele



Fotos: Inesio Abubacar

Mozambique – Con motivo de la solemnidad de los Santos Pedro y Pablo, el 29 de junio, miembros de los Heraldos se reunieron con la comunidad de los goeses para una hermosa procesión marítima (foto 1). En julio, cientos de fieles se congregaron en la iglesia de la institución en Maputo, aún en construcción, para una charla de formación con el P. Arão Mazive, EP (fotos 2 y 3).



Fotos: David Ayusso

Brasil, São Paulo – El 13 de julio, el cardenal Odilo Pedro Scherer, arzobispo de São Paulo, presidió la solemne Eucaristía de bendición del altar del oratorio de Santa Filomena, de Jardim Pedra Branca, confiado al cuidado de la Sociedad Femenina de Vida Apostólica Regina Virginum. El edificio les fue ofrecido generosamente a las hermanas por Domingos Fernandes de Aguiar y su esposa, Mara.



Fotos: João Lucas Guimarães

Brasil, Mogi das Cruzes – La catedral de Santa Ana celebró la fiesta de su patrona, el 26 de julio, con una procesión por las calles de la ciudad, seguida de una solemne eucaristía, presidida por Mons. Pedro Luiz Stringhini, obispo diocesano. El coro y orquesta del seminario mayor de la Sociedad Clerical de Vida Apostólica Virgo Flos Carmeli animó las conmemoraciones.



Fotos: Giovanna de Castro

Brasil, São Paulo – La imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María procesionó por los pasillos de la ExpoCatólica —la mayor feria católica del mundo, realizada este año del 3 al 6 de julio—, esparciendo sus bendiciones sobre los presentes, los cuales también pudieron asistir a una actuación musical realizada por los jóvenes seminaristas de la Sociedad Virgo Flos Carmeli.



«Le concedo mi alianza de paz»

En un episodio bíblico poco conocido, un varón íntegro se levantó contra una flagrante transgresión de los preceptos divinos y fue espléndidamente recompensado por el Señor.



✠ Bianca María dos Santos Damião

Había entre el pueblo de Israel un joven fogoso, en cuya mirada Moisés sin duda discernía una sublime vocación. Su nombre era Pinjás.

La fidelidad cristalina de este varón, obra de toda una vida, brilló de manera impar en un episodio poco conocido de la historia del pueblo elegido que, no obstante, le hizo merecer un puesto de honor entre los hombres ilustres elogiados por el Eclesiástico:

allí está como «el tercero en gloria» (45, 23a), contado entre los que recibieron del Señor la dignidad sacerdotal.

Entre los malvados, un puñado de fieles

Narran las Escrituras que, desde la salida de los israelitas de Ramsés al día siguiente de la Pascua (cf. Núm 33, 3), Dios no dejó de mostrarles su predilección, a pesar de ser un pueblo incrédulo y rebelde. De hecho, el texto sagra-

do evidencia que un clan de malvados y revoltosos actuaba con virulencia en su medio.

Por otro lado, también había entre el pueblo algunas almas fieles, celosas de la ley del Señor y, naturalmente, más cercanas a Moisés, que desempeñaron un papel importante en sus victorias sobre la iniquidad reinante. Entre ellas estaba aquel que «se mostró fiel en el temor del Señor» (Eclo 45, 23b).

Moab hace tropezar a Israel

En los últimos momentos de su glorioso éxodo de la tierra de Egipto, caracterizado por fenómenos extraordinarios en que la fe y el milagro se combinaban, los israelitas llegaron a las estepas de Moab, a las puertas de la tierra prometida, para acampar allí. Sin embargo, a un breve período de descanso le siguió una grave prevencación. Era la última hora antes del cumplimiento de las promesas, la postrera prueba que debían superar para recibir el ansiado premio.

Había pasado por allí, hacía algún tiempo, un enigmático adivino no judío llamado Balaán. El rey de Moab lo instigó a maldecir a Israel, pero el Señor lo impidió milagrosamente y le reveló su predilección por el pueblo elegido (cf. Núm 22–23). Esta vez, Balaam se atrevió a darle al soberano un perverso consejo, mediante el cual lograría



Reproducción

Impedido por el Señor de maldecir a Israel, Balaán le dio al rey Moab un perverso consejo: introducir entre los hebreos mujeres madianitas que los llevaran al pecado de la carne y luego a la idolatría

El ángel del Señor se interpone en el camino de Balaán, de Joseph Anton Koch - Museo Nacional Germánico, Núremberg (Alemania)

triunfar sobre Israel: que introdujera mujeres madianitas entre los hebreos, que los sedujeran con el pecado de la carne y, luego, los condujeran a la idolatría de sus dioses (cf. Núm 31, 15-16).

De hecho, muchos se dejaron arrastrar por esta infamia, olvidando a aquel que los había salvado de las manos del Faraón. Las mujeres madianitas empezaron a exigir que se consagraran a Baal Fegor, a lo cual ellos obedecieron, cegados por la pasión.¹

Ahora bien, el Señor velaba por los suyos y ante tal pecado se llenó de violenta cólera. Ardiendo en deseos de que Israel volviera al buen camino, y considerándolo un pueblo de mucha terquedad (cf. Dt 31, 27), decidió castigarlos con una terrible plaga.

Una lección de intransigencia

Mientras muchos morían afectados por la peste, sucedió que Moisés reunió a los jefes y jueces del pueblo para transmitirles instrucciones de parte del Señor y, ante toda la asamblea reunida, uno de los príncipes de la tribu de Simeón, llamado Zimrí, se levantó contra Moisés, diciendo: «No me tendrás como seguidor de tus tiránicas imposiciones».² Y su descaro no terminó con esas palabras: ante la mirada de todos, trajo al campamento a una mujer madianita, con la que se había unido ilegítimamente.

Entonces Pinjás, considerado uno de los jóvenes más destacados del pueblo, tanto por ser hijo del sumo sacerdote Eleazar y sobrino del propio Moisés, como por su virtud y valentía ante las dificultades, decidió vengar el ultraje antes de que el pésimo ejemplo de Zimrí arrastrara a otros a la misma revuelta. Lleno de justa cólera y amor por la ley (cf. 1 Mac 2, 24-26), «se levantó en medio de la comunidad, lanza en mano, entró tras el hombre en la alcoba y los atravesó a los dos, al israelita y a la mujer» (Núm 25, 7-8), de modo que ambos perecieron de un solo golpe.

En ese momento cesó el flagelo de la peste que azotaba a los israelitas.



Archivo Revista

Pinjás vengó el ultraje contra Moisés antes de que el ejemplo de Zimrí arrastrara a otros a la misma revuelta. Lleno de justa ira, «lanza en mano, entró tras el hombre y los atravesó a los dos, al israelita y a la mujer»

«Zimrí y Cozbi ajusticiados por Pinjás» - Grabado de David Martin (editado)

litas. En total, habían perecido en el castigo veinticuatro mil hombres (cf. Núm 25, 9).

«El que ha sentido celo por mí»

Apaciguada su divina cólera, el Señor dijo a Moisés: «Pinjás, hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, ha aplacado mi furor contra los hijos de Israel, porque él ha sido, de entre vosotros, el que ha sentido celo por mí; por eso no he acabado con los hijos de Israel a impulso de mis celos. Por eso digo: le concedo a él mi alianza de paz; tanto él como su descendencia tendrán derecho perpetuo al sacerdocio. Por haber sentido celo de su Dios y haber expiado por los hijos de Israel» (Núm 25, 11-13).

Quedaba clara, pues, la estatura moral del hombre sobre quien el Altísimo había depositado la promesa hecha a Aarón y a la tribu de Leví: «Yo soy tu porción y tu heredad entre los israelitas» (Núm 18, 20). Y su ardiente amor por la ley de Dios y su firmeza frente a la impiedad fueron recompensados para siempre.

Después de estos acontecimientos, estalló la guerra contra Madián, y Pinjás fue enviado como comandante de las tropas israelitas (cf. Núm 31, 6). «El Señor estaba con él» (1 Crón 9, 20). Doce mil hombres, mil de cada tribu del pueblo elegido, diezmaron las ciudades de Moab. Entre los muertos estaban todos los reyes madianitas y también Balaán. Comenzaba para Israel una nueva etapa en su historia: habiendo triunfado sobre sus enemigos y hecha la expiación de sus pecados, entraría efectivamente en la tierra prometida.

Mientras él vivió, Israel no pecó

Cuando, de manera magnífica y misteriosa, el Señor llamó a sí al gran Moisés, Pinjás, por su virtud probada y reconocida, se convirtió en uno de los ayudantes más cercanos de Josué, como lo demuestra el hecho de que fuera el mensajero de sus órdenes ante las tribus de Transjordania.

Los rubenitas, los gaditas y la media tribu de Manasés construyeron

UNA ENSEÑANZA ÚTIL PARA EL ALMA

El placer es presentado a todo vicio como cebo que arrastra fácilmente a las almas sensuales hacia el anzuelo de la perdición. Es sobre todo por medio del placer impuro como la naturaleza es arrastrada hacia el mal sin que se controle.

Es lo mismo que sucede ahora. En efecto, aquellos que habían demostrado que todo ataque del hierro era más débil que su propia fuerza, y que con su poder habían hecho huir al ejército de los enemigos, esos fueron heridos por los dardos femeninos a través del placer. Y los que habían sido más fuertes que los varones se convirtieron en vencidos de las mujeres. [...]

¿Qué lección sacaremos de este relato? Que sabedores de cuánta fuerza hacia el mal tiene la enfermedad de la voluptuosidad, mantengamos nuestra vida lo más alejada posible de esta vecindad, de forma que esta enfer-

medad, que es como un fuego que con su cercanía enciende la llama perversa, no tenga ningún acceso a nosotros.

Salomón en la Sabiduría al decir que no se ha de pisar el carbón con el pie descalzo y que no se ha de introducir fuego en el seno (cf. Prov 6, 27-28), pues está en

nuestro poder permanecer libres de pasión con tal de que nos mantengamos lejos de avivar el fuego. Pero si, por el contrario, llegamos hasta el punto de tocar este fuego ardiente, penetrará en nuestro seno el fuego de la concupiscencia, y de ahí se seguirá la quemadura para el pie y la ruina para el seno.

El Señor en el Evangelio, con su propia voz, para que nos mantuviésemos alejados de este mal, ha cortado el camino —como a lo que es raíz de la pasión—, a la concupiscencia que nace del mirar, cuando enseña que quien admite la pasión con la vista, abre, contra sí mismo, la puerta a la enfermedad (Mt 5, 28).

Las pasiones perversas, como la peste, una vez que han dominado los puntos claves, sólo cesan con la muerte. ✚



Los que habían prevalecido sobre las armas enemigas se convirtieron en rehenes de las mujeres

Sansón y Dalila,
de Francesco Morone -
Museo Poldi Pezzoli, Milán (Italia)

SAN GREGORIO DE NISA.
Vida de Moisés, c. XXVII,
n.º 297-298; 303-304.

un altar en su territorio, al otro lado del Jordán, con la buena intención de convertirlo en un símbolo de unidad con Dios y con las demás tribus. No obstante, esa actitud fue malinterpretada por los israelitas, y Josué envió a Pinjás con otros diez jefes del pueblo a inspeccionar lo que consideraban una desviación del culto al verdadero Dios (cf. Jos 22, 9-29). Al serle aclarada la realidad, Pinjás les dijo a los integrantes de las tribus del otro lado del Jordán: «Ahora sabemos que el Señor está en medio de nosotros, pues no habéis cometido tan grande prevaricación contra Él y habéis librado así a los hijos de Israel de la mano del Señor» (Jos 22, 31).

Esta fue la última intervención de Pinjás descrita en las Escrituras. Mientras él y los de su generación vivieron, Israel no pecó (cf. Jue 2, 7).

Integridad, intransigencia y restauración

La historia de este varón de Dios —desarrollada en el contexto de los tiempos del Éxodo y quizá incomprendible para la mentalidad contemporánea— es una prueba del valor de la integridad a los ojos de Dios. Su virtud, confrontada con el mal cuando ya no servían de nada las exhortaciones a la conversión, se desdobló en intransigencia y restauró el orden quebrantado por el pecado. Por eso

mereció la bendición y la complacencia divina: «[Su celo] se le computó como justicia por generación sin término» (Sal 105, 30-31).

Que, desde lo alto del Cielo, Pinjás interceda ante Dios por la Iglesia militante y obtenga para todos sus miembros la santidad necesaria a fin de que la iniquidad sea extirpada de nuestros corazones, haciendo de la tierra un lugar de paz verdadera, bajo el reinado de Jesús y de María. ✚

¹ Cf. FLAVIO JOSEFO. *Antigüedades judías*. L. IV, c. 6, n.º 7-9.

² *Idem*, n.º 11.

... por qué la Biblia está dividida en capítulos y versículos?

Divide et impera fue el lema del poderío romano durante todo el tiempo que duró. Este viejo consejo, sin embargo, no sólo tiene voz y voto en lo que se refiere a descomponer el imperio en regiones, el ejército en falanges o el enemigo en facciones, sino que también se aplica admirablemente a la vida cotidiana: en la división de horarios, en la distinción de conceptos, en la delegación de tareas...

Por increíble que parezca, la regla de oro vale incluso hasta para... ¡la Palabra de Dios! Con esta convicción, Esteban Langton, arzobispo de Canterbury y canciller de la Universidad de París a principios del siglo XIII, dividió los libros de la Sagrada Escritura en capítulos. Como buen catedrático y mejor prelado, sabía que la Biblia



Tim Evanson (CC by-sa 2.0)

Esteban Langton - Catedral de los Santos Pedro y Pablo, Washington

es la condensación, por escrito, de la Revelación que el Creador hizo de sí mismo y que las palabras que contie-

ne, además de sublimes, son muy numerosas... Por eso, los hombres tienen necesidad de saborearlas poco a poco.

Pasaron los años, crecieron las luchas. Las páginas sacras se convirtieron en un arma. En pleno enfrentamiento con el protestantismo, Roberto Estienne confirmó mayor precisión y presteza a la indicación de los pasajes sagrados. Basándose en los estudios del dominico hebraísta Sante Pagnini, publicó en 1555 una Biblia ya dividida en versículos, tal y como la conocemos hoy.

Así pues, la división en capítulos y versículos es resultado tanto del deseo de escuchar más claramente las palabras de la Revelación como de las batallas apologéticas por su correcta interpretación. ✦

... cuál es el origen del uso litúrgico del incienso?

En las celebraciones litúrgicas más solemnes es habitual el uso del incienso, que, depositado sobre las brasas del turíbulo, esparce su agradable aroma por todos los rincones del recinto sagrado.

En sus inicios, la Iglesia no utilizaba el incienso para evitar la sospecha de idolatría, ya que entre los paganos era frecuente ofrecérselo a los dioses. No obstante, en las catacumbas, los cristianos comenzaron a usarlo con el objetivo de perfumar el ambiente, pues el lugar carecía de suficiente ventilación. Finalmente, en torno al siglo IV, la Iglesia lo adoptó en las grandes solemnidades como una forma de rendir un homenaje más al Dios verdadero.

En la actualidad, el incienso no sólo sirve para conferir mayor esplen-

dor a las ceremonias, sino que tiene otros significados como, por ejemplo, expresar el acto de adoración directa que rendimos al Santísimo Sacramento o la adoración indirecta por medio de los objetos litúrgicos relacionados con el Redentor; manifestar nuestra veneración a los santos a través de sus imágenes; reverenciar a los ministros sagrados e incluso a los fieles, en razón de su dignidad bautismal. Además, al ser un sacramental, cuando es bendecido, sirve de vehículo para determinadas gracias relacionadas con la liturgia, protege contra la acción del demonio, simboliza la oración que asciende al trono de Dios.

Se quema en las misas solemnes, en la bendiciones con el Santísimo Sacramento, en las procesiones y en los funerales, entre otros actos litúrgicos. ✦

Turíbulo con incienso - Basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)



Thiago Tamura

Dos actitudes..., ¿una sola persona?

Abrazar con ternura a un niño y azotar indignado a unos oportunistas... ¿Dos actitudes tan radicalmente opuestas caben en una misma alma, en una misma psicología, en una misma santidad?

✠ P. Louis Goyard, EP



No hay nada más encantador que la escena del Evangelio en la que encontramos a Nuestro Señor Jesucristo rodeado de niños deseosos de que el Salvador «les impusiera las manos y orase [por ellos]» (Mt 19, 13). Los discípulos, preocupados por la tranquilidad del Maestro, intentan apartarlos... Sin embargo, Jesús los reprende y llama a los pequeños, los bendice imponiéndoles las manos e incluso los abraza. En esta ocasión se manifiesta esa ternura característica que la piedad popular presenta en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, modelo de dulzura y bondad.

En circunstancias muy diferentes, los mismos evangelistas nos muestran al Señor blandiendo un látigo de cuerdas tejido con sus propias manos y expulsando a los mercaderes del Templo (cf. Jn 2, 14-16), airado y dolido (cf. Mc 3, 5). La escena es impactante: cuadrúpedos despavoridos, aves revoloteando sin rumbo, monedas esparcidas por el suelo, vendedores huyendo y tropezándose con mesas y bancos volcados, bajo la mirada aterrorizada de los compradores atónitos, también en fuga... Con voz solemne, Jesús sentencia: «Mi casa será casa de oración, pero vosotros la habéis hecho una cueva de bandidos» (Mt 21, 13).

Pero... ¿se trata realmente de la misma persona? ¿Dos formas de ser

tan radicalmente opuestas caben en una misma alma, en una misma psicología, en una misma santidad?

* * *

Santo Tomás¹ enseña que las pasiones humanas, consideradas en sí mismas, constituyen una mera capacidad de dinamismo y son, por lo tanto, neutras. Se convierten en agentes del bien o del mal cuando el hombre las gobierna hacia un fin bueno o malo, así como una herramienta puede realizar un servicio beneficioso o ser utilizada para cometer un delito.

Sin embargo, aunque el dinamismo de la pasión ayude al hombre a moverse, éste siempre debe ser dueño de sí mismo y de sus acciones. Si deja que la pasión se apodere de sus actos, está permitiendo una inversión de papeles: se convierte en instrumento de su pasión, la cual pasa a dominarlo y lo reduce de gobernante a gobernado.

En tales circunstancias, podría verse tan abrumado por la ira que, incapaz de controlarse, termine descargando el desbordamiento de su pasión sobre los que lo rodean, vecinos o familiares, que nada tienen que ver con la causa de su furia. En ese momento estaría sometido unilateralmente por la ira y no habrá sitio alguno para la compasión. Por el contrario, el que se deja dominar por la pasión del afecto podrá volverse tan ciego que sea incapaz de discer-

nir las maldades que traman contra él aquellos en quienes, ingenuamente, ha depositado su confianza.

Se diría, pues, que el hombre se halla en la paradójica obligación de negar toda pasión —y, en consecuencia, convertirse en un ser apático— para evitar el riesgo de caer en la locura. Y no faltarán quienes llamen a este estado de apatía «equilibrio»... ¿Qué debe preferir entonces? ¿Cómo debe actuar? ¿Con pasión o con indiferencia?

* * *

La respuesta la tenemos al mirar a nuestro supremo Arquetipo. En efecto, no encontramos nada de ese conflicto interior en Nuestro Señor Jesucristo, en quien todo es perfección y, por lo tanto, armonía. Él no necesita elegir entre las pasiones y la apatía: sus pasiones siempre están en equilibrio. ¿Cómo se explica esto?

La templanza es, precisamente, la virtud llamada a «templar» —es decir, moderar, controlar— el dinamismo de las pasiones. Así como la brida frena el ímpetu de un caballo demasiado fogoso, la templanza mantiene las pasiones sometidas a la voluntad y a la inteligencia, la cual se deja guiar por la sabiduría. De manera que no las anula, sino que las mantiene en el rumbo correcto, como el timón de un barco, y nunca permite que dejen de ser un instrumento, utilizado racionalmente, e inviertan

el buen orden de las cosas dominando al hombre al que deberían servir.

Así pues, no encontramos al Señor tan atento a los niños que pierda su gravedad y su seriedad; al contrario, se dedica al apostolado con total seriedad, haciéndoles el mayor bien posible con vistas a su salvación. Y nunca pierde la calma cuando azota a los vendedores: jamás ojos saltones, rostro enrojecido, cabello desgreñado... Nada más lejos de su supremo y permanente equilibrio. Prueba de ello es el versículo siguiente a la expulsión de los mercaderes, en la versión de San Mateo: «Se le acercaron en el Templo ciegos y cojos, y los curó» (21, 14).

Son dos actitudes, sin duda, pero no dos modos de ser. Jesús, al fustigar a un vendedor y al abrazar a un niño, nos da el verdadero ejemplo de equilibrio en la templanza, cuya raíz se halla en el amor a Dios por encima de todas las cosas. ❖



GFrehalter (CC by-sa 4.0)

Jesús con los niños - Iglesia de San Juan, Bad Rodach (Alemania); abajo, «Expulsión de los mercaderes del Templo», de Giotto di Bondone - Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia)

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 22, a. 3; q. 24, a. 1-3.





Pequeñita inmaculada y «divina»

¡Qué Niña tan encantadora! Exenta del pecado original, dotada de ciencia infusa y de pleno uso de razón, nada más abrir los ojos a la realidad, María entendía todo lo que sucedía a su alrededor.

Sin manifestación alguna de la bobería pueril propia de los descendientes de Adán, Ella era seria, solemne y, al mismo tiempo, graciosa. En todos sus movimientos, hasta en los más mínimos gestos, se dejaban ver sus innumerables cualidades y dones, pues, a semejanza de lo que ocurre con la luz del sol, no se podía ocultar la plenitud de gracia que emanaba de la Santísima Virgen.

Todo en Ella era «divino» e invitaba a la práctica eximia de la virtud.

En la pequeña María —los ojos, las cejas, el cabello, los rasgos fisonómicos, las inflexiones de voz—, absolutamente todo se asemejaba al Niño-Dios, aunque revestido de facciones femeninas. Sus movimientos, su respiración, sus mínimos gestos dejaban trasparecer una fuerte presencia de la divinidad, que arrebatava.

Ésta es aquella que sólo el Todopoderoso podría imaginar. Ésta es la pequeña que gobierna el inmenso Corazón de Dios.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP.
«¡María Santísima! El Paraíso de Dios
revelado a los hombres».